

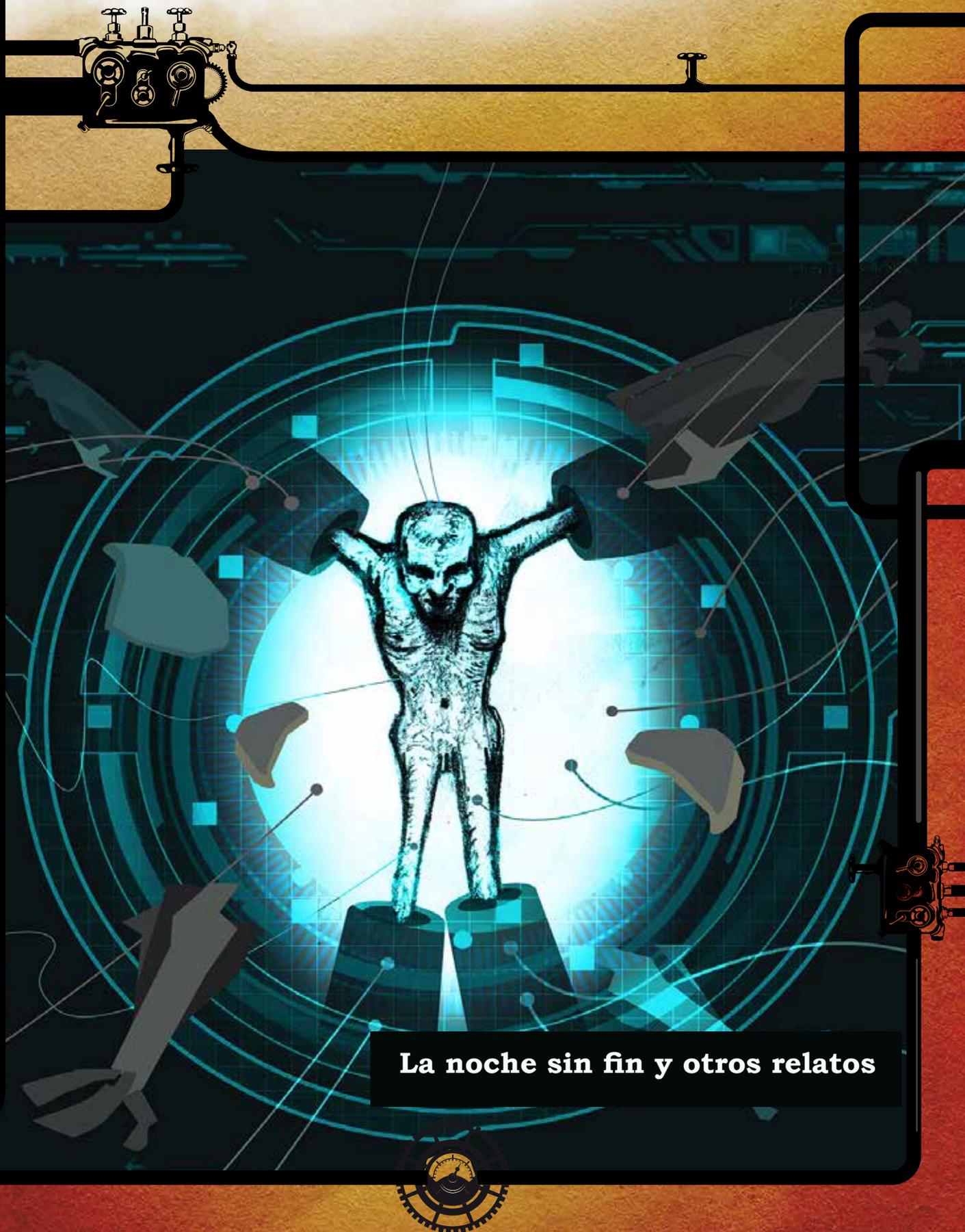
Enero 2016, Nro. 5  
Distribución gratuita



# RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

HUERTAS \* VELÁSQUEZ \* ROMERO \* HUAMÁN \* ZARCO \* PANZA \* CEVASCO



**La noche sin fin y otros relatos**



# Créditos



© 2015 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2015 Miguel Huertas, Javier Velásquez, Eduardo Romero, Jorge Zarco, Yulia Huamán, Luis Eugenio Panza y Julio Cevalco.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Elton Honores, Carlos de la Torre Paredes, Christian Campos Alvarado, Yeniva Fernández, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 5: **Enero del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

**[www.acuedi.org](http://www.acuedi.org)**

**[www.relatosincreibles.com](http://www.relatosincreibles.com)**

Email: **[relatos@acuedi.org](mailto:relatos@acuedi.org)**

**[facebook.com/relatosincreibles](https://facebook.com/relatosincreibles)**



# Autores



## **Miguel Huertas**

(Madrid, 1991). Psicólogo por la Universidad Complutense. Algunos de sus relatos han sido publicados por revistas como Valinor, Falsaria, Almiar, La bolsa de pipas o Calabazas en el Trastero..



## **Javier Velásquez**

(Bogotá, 1993). Estudiante de Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Humanidades: Lengua Castellana e Inglés. Segundo puesto en el II Encuentro Literario y Cultural UDEC: Categoría poesía inédita.



## **Eduardo Romero**

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica.



## **Jorge Zarco**

(Madrid, 1973). Experto en cine y derivados. Estudiante de literatura y poesía, ha publicado en prensa impresa y digital de carácter underground desde los diecinueve años.



## **Yulia Huamán**

(Puno, 1997). Estudiante de Educación, activista en la promoción de la cultura y protección del medio ambiente, miembro de la Organización Internacional Nueva Acrópolis. Sus actividades se orientan a hacer del mundo un mejor lugar para vivir.



## **Luis Eugenio Panza**

(Buenos Aires, 1983). Profesor de Inglés graduado del ISP Joaquín V. González (Buenos Aires), y estudiante avanzado de Bibliotecología en el ISFDyT nro. 8 (La Plata). Actualmente dicta clases de inglés particulares y en escuelas primarias del estado, en Buenos Aires.

# Autores



## **Julio Cevasco**

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania y es corrector de la revista de narratología Pluma en Acción.



## **Luis Morocho**

(Lima, 1983). Egresado en la Escuela de Bellas Artes de Lima, creador del personaje de comic "El Guachy-man", y director del estudio de ilustración "Camaleón Azul". Integrante de la agrupación de música folklórica peruana "Wayanay".



## **Gerardo Espinoza**

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta.



## **Danilo Molina**

(Bogotá, 1990). Diseñador Gráfico, Estudiante de Arte y Comunicación Gráfica, melómano e incansable lector, escritor de cuentos e ilustrador. Actualmente desarrolla su primer libro ilustrado en el que compila su trabajo.



## **Carolina Valera**

(Cajamarca, 1989). Diseñadora de Modas del Centro de Altos Estudios de la Moda - CEAM, estudios en Bellas Artes en la Pontificia Universidad Católica del Perú y Joyería en el Cite Joyería Koriwasi. Actualmente sumergida en el mundo del marketing y publicidad.



## **Pablo Malásquez**

(Lima, 1960). Analista de Datos y Diseñador Gráfico y Publicitario, autodidacta, ganador del Premio "El vuelo de la Palabra" (2009), en la modalidad Poesía, organizado por el Ayuntamiento de Badajoz - Extremadura - España.

# Autores



## **Rafo Núnjar**

(Callao, 1982). Diseñador gráfico, ilustrador, músico-terapeuta, constructor de aerófonos inspirados en antiguos artefactos sonoros prehispánicos. El arte antiguo siempre ha inspirado su obra y conducido sus pasos.



## **Adrián Rivera**

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicador en un instituto de investigación. Su primer cuento publicado, "La Orden del Olvido", apareció en la Antología Mexicana de Ciencia Ficción de El Under Ediciones.



## **Grendel Belarousse**

(Buenos Aires, 1969). Autodidacta. Ganó un par de premios a nivel local, nacional y seleccionado en otros. Expuso a nivel individual y colectivo tanto ilustraciones como historietas. Actualmente es Coordinador de Ilustradores de la revista Próxima.



# Índice



<b>Editorial.....</b>	<b>07</b>
<b>Cuando la noche caza.....</b>	<b>09</b>
<b>El neumático.....</b>	<b>14</b>
<b>Los mensajeros de la noche.....</b>	<b>21</b>
<b>En la escuela.....</b>	<b>29</b>
<b>Construyendo un nuevo sol.....</b>	<b>35</b>
<b>Renacer.....</b>	<b>37</b>
<b>La noche sin fin.....</b>	<b>41</b>
<b>Muro de honor.....</b>	<b>48</b>



# Editorial



Tengo el gusto de presentarles el quinto número de nuestra revista. Aun llevamos un ligero atraso de un mes pero en esta oportunidad les traigo dos buenas noticias.

La primera de ellas tiene que ver con las ilustraciones. Como se podrán dar cuenta, entre los autores hemos incluido a nuestros ilustradores, por la simple razón de seguir el significado que le da la RAE a esa palabra. Un autor es toda persona que ha producido alguna obra científica, literaria o artística. De esta manera, queremos resaltar el invaluable aporte de todos nuestros ilustradores que va a la par de los escritores de nuestros cuentos. Sin todos ellos, *Relatos Increíbles* no tendría tanta calidad. En ese sentido, para complementar la labor de ambos, por primera vez hemos logrado ilustrar todos los cuentos de este número.

La segunda noticia se refiere a nuestra segunda convocatoria. En vista de la buena acogida, hemos decidido ampliarla una semana más. De tal manera, podrán enviarnos sus cuentos hasta el 7 de marzo. No pierdan esta oportunidad para participar en nuestra revista.

En esta ocasión les presentamos siete cuentos. Uno de ellos se trata de la primera entrega de una saga mayor de relatos, a cargo de un autor que ya conocemos: Julio Cevalco. *Oscuro* es una saga de corte medieval y fantástico que presenta a un personaje inmortal que tendrá que sobrevivir en una sociedad tan putrefacta como él mismo. “Cuando la noche caza” es el comienzo de esta historia.

Luego tenemos tres historias de terror de características bastante disímiles. En una de ellas, Jorge Zarco nos presenta a un adolescente que tendrá que enfrentar sus propios miedos alrededor de una piscina. En cambio, Luis Eugenio Panza, nos presenta a un grupo de colegiales, que cansados de tanta rutina idearán la salida más macabra posible a su aburrimiento. Mientras Eduardo Romero recrea a dos seres inhumanos que empiezan a cuestionar el sentido de sus propias vidas.

También tenemos dos cuentos de fantasía. En uno de ellos, Javier Velásquez nos presenta a un voluntarioso mensajero que tendrá que enfrentar la traición y los horrores más inimaginables. En el otro, Yulia Huamán, nos presenta la historia mítica que se encuentra detrás de las hornigas.

Finalmente, tenemos un cuento de ciencia ficción, que es también nuestro cuento de portada. En ese relato, Miguel Huertas nos presenta el dilema futurístico que se da entre la vida eterna y nuestra verdadera sobrevivencia en el espacio. ¿Podemos vivir eternamente felices?

Héctor Huerto Vizcarra  
Director



La  
Biblioteca Digital  
**ACUEDI**  
cumple

**2** años

y necesita  
tu ayuda económica.  
**Colabora con nosotros**  
para que este proyecto continúe.  
La difusión gratuita de más de  
**8,000**  
**textos**  
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles  
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: [info@acuedi.org](mailto:info@acuedi.org)

Móvil: (51) 1 997656330

Email: [luis.morocho@camaleonazul.pe](mailto:luis.morocho@camaleonazul.pe)

[www.camaleonazul.pe](http://www.camaleonazul.pe)

 /estudiocamaleonazul

# Camaleón

# Azul

Story board, caricaturas,  
comics, ilustraciones,  
talleres de dibujo y  
pintura,  
arte concetual.



# Cuando la noche caza

Oscuro - Parte 1

Por: Julio Cevalco





e había acostumbrado al grajeo de las cornejas.

«El bosque apesta a cadáver... —pensó el ahorcado luego de que el pajarraco picoteó la sogá. El tejido se rompió, el carroñero levantó el vuelo y él cayó de pie sobre la hojarasca, todavía con el nudo flojo alrededor del cuello. Oscuro respiró una peste a sangre, tierra y esmegma, mientras los cuerpos de los colgados parecían observarlo con las cuencas sombrías como cavernas—. Parece que te envidian. Pero no saben lo afortunados que son.»

Los cadáveres se estaban pudriendo.

El carnicero recordó que se había matado noches atrás. Desde entonces anduvo colgado de un árbol junto a los otros muertos, balanceándose, y observando cómo las ramas se poblaban de nuevos cadáveres. Daba igual quiénes fueran: suicidas, hipoxífilos que morían por accidente o traidores ajusticiados por la armada imperial. El Bosque de los Ahorcados no le debía su nombre a la sangre derramada por asesinos ni rebeldes, ni a los guetos de leprosos en la profundidad boscosa.

Oscuro enterró los borceguies en el barro, empujó los arbustos manchados de líquen abriéndose brecha entre las hojas, y blasfemó.

—La muerte te está dando por culo, mierda. Te suicidas pero ni aun así te lleva. Siempre regresas. —Por lo menos la noche de su ahorcamiento consiguió eyacular al sufrir los espasmos. Sin embargo correrse junto a la muerte ya no le parecía un ejercicio placentero. De verla de hinojos, le rociaría el rostro con su semilla, y no pararía hasta que le suplicara llevárselo— Sólo recuerda: cuando la encuentres asegúrate de tener suficiente leche.

El carnicero bajó la mirada y observó su arma: una cuchilla larga que pendía envainada de su cinturón. Su cota de malla negra, embarrada de sangre, se confundía con las hojas de los matorrales, mientras que su rostro de piel endrina se camuflaba bajo las sombras. Oscuro tenía los ojos amarillentos como la orina, y una melena piojosa y larguinegra le caía por debajo del hombro.

Esa noche, al caminar, los cuerpos se mecían como péndulos bajo las ramas de los sauces. El carnicero los empujaba abriéndose paso y, mientras marchaba, olisqueaba un olor a humo y a grasa que se esparcía desde las grutas. En ese momento se reventó un grano de la barbilla, pasó la lengua sobre la pus y recordó la orilla del río donde alguna vez se detuvo a cocinar con la mujer pálida. Entonces, acuclillados, habían observado alejarse a una barca con una muchacha tendida en el interior. La cría tenía una cicatriz en la cara y, desde entonces, nunca más la había visto.

«Ha pasado tanto tiempo desde que se fue, así que supongo que habrá alcanzado el otro lado del río», pensó, y luego se tocó el estómago.

Esa noche las tripas le crujían. El olor a carne aceitada inundaba los caminos secretos de la floresta, mientras que detrás de los matorrales una flama estiraba su lengua, serpeando entre la niebla. Oscuro, en ese momento, se fundió con la penumbra para observar. Se recostó en el tronco de un árbol y, casi por instinto, empuñó su cuchilla.

—Dale la vuelta a las manos —dijo una de las figuras a las que veía. Por la melena enredada y los cuchillos en el cinto parecía un bandido—, así es, muy bien, que no te tiemble la muñeca. Deja que se tuesten un rato, que derramen el jugo de las uñas y luego quítaselas.

—Como digas —respondió el cocinero que se encontraba a su lado y, el carnicero, mientras se cogía la panza, esbozó una sonrisa.

«Antropófagos —pensó—. Espero que hayan sabido elegir.» Oscuro aspiró la peste a grasa mientras sentía a las arañas trepar por sus brazos. Pero no importaba. Esa noche el bosque era uno con él. Las tripas le sonaron de nuevo.

—Parece que tú también quieres. —El bandido soltó una carcajada. Se había vuelto a la niña encadenada junto a las jabas, la cual estaba desnuda y con una mancha de sangre entre las piernas—. Descuida, cariño, que si tienes hambre puedes irte alimentando.



Con un movimiento rápido se desanudó el pantalón, lo dejó caer, y, despacio, empuñó un miembro diminuto y regordete. Oscuro lo observó, y si bien el fuego en la sartén calentaba el espíritu del forajido, el suyo todavía permanecía frío. Esa noche, inmóvil, el carnicero aguardaba como una piedra en el corazón del bosque.

—Las he visto más grandes y mejores —escuchó a la niña murmurar. Pero la mocosa recibió una bofetada que la dejó perniabierta, tendida junto a las llamas. Tras limpiarse la sangre del rostro lanzó un escupitajo rojo.

—Te odio. Mi madre decía que las pollas grandes eran mejores que las pollas como la tuya, que por eso engañaba a padre, y lo abandonó.

—¿En serio, primor? —El bandido respiró, y le lanzó una mirada a su acompañante— Eso no fue lo que nos dijo mientras la violábamos. Parecía gustarle. Si hasta tú nos vistes, ternura.

Los dos hombres sonrieron. Oscuro no distinguía si eran caníbales de los guetos o soldados del imperio. Pero en el fondo le daba lo mismo. Esa noche tenía hambre y se encontraba de caza. El carnicero se acercó despacio en la penumbra, como una sombra, y observó a la prisionera bajar la cabeza, sometida. El cuerpo de la madre se encontraba desnudo sobre un charco carmesí, sus muñones estaban podridos y, mientras los bandidos freían sus manos, la prisionera las observaba lamiéndose los labios.

—Quieres comértela ¿no es cierto? —le preguntó el del miembro al aire al rascarse la cabellera larga y andrajosa— Descuida, mocosa, que no vamos a dejar que te chille la tripa. Te aseguro que mami sabe tan bien muerta a como sabía viva. Luego me lo agradecerás chupándome la polla.

El antropófago con las manos en jarras se plantó frente a la mocosa y, luego de reír, se inclinó y le presionó las mejillas.

—Un momento. Para —le advirtió su compañero, quien aún no terminaba de freír—. Escucho algo que se mueve tras los arbustos.

Oscuro esbozó una sonrisa torcida.

«Bravo, hombre de buen oído. Te prometo que lo último que oirás serán tus gritos.»

—Calla —escuchó decir al otro captor—. Deben ser las ratas. Los cadáveres abundan en esta región. La gente viene a morir de distintos lugares.

El carnicero asintió. Por lo menos desde que recordaba, los hombres viajaban a dicho bosque sólo para matarse, o bien, para dejar que otros los matasen. Oscuro, todavía oculto entre los matorrales, pensó en los últimos asesinos a quienes se había cargado: un sujeto tuerto que al verlo se meó en los pantalones y que, desesperado, lo atacó con una espada rota. Se parecía al sujeto de la sartén. «Era muy lento. Nunca tuvo oportunidad...» Probablemente tampoco la tendrían los antropófagos. El tuerto había muerto gritando, con el pecho atravesado por la cuchilla del carnicero. Sin embargo, era el otro forajido, el de la barba, quien lo había reconocido por su rostro endrino.

«Esta noche vamos a morir, —recordó que le dijo conteniendo el temblor de sus huesos, casi desquiciado. Luego había pronunciado uno de sus tantos nombres—: Carnicero de Cárden. Eres igual a como te describen las baladas: un saco de carne y huesos que apesta a barro, sangre y estiércol.»

Fueron sus últimas palabras. Luego, el carnicero le cortó la panza y le arrancó los intestinos.

«Todavía lo recuerdo como si fuera ayer, aunque en el fondo quisiera olvidar y dejar de sentir algunas cosas.» Oscuro hizo una negación con la cabeza, tragó saliva, y se esforzó por dejar el pasado en la oscuridad.

Detrás de los matorrales observó el fuego de la sartén, que crepitaba. De hecho parecía llorar; y justo cuando las llamas flameaban en la penumbra, los ojos de la prisionera lo acribillaron como cuchillas sin filo.

—La noche se levanta... —dijo— y nos mira.

El asesino del pantalón desatado se dio la vuelta luego de blasfemar, pero Oscuro ya había avanzado entre los arbustos. El carnicero mantenía la mano en la empuñadura de su cuchilla, desplazándose a trancadas. Enterraba los borceguíes en el charco de sangre que se extendía bajo el cadáver, y su cota de malla negra parecía corroída bajo la bruma. Rápidamente desenvainó su acero, mientras uno de los antropófagos daba un paso atrás con la sartén en las manos.

—¡Atrás! —gritó mientras dejaba caer la comida, y su rostro se transformó en una mueca horrible mientras la carne se necroseaba e incubaban los gusanos. Todo ocurría muy rápido. Como si el tiempo apurara sus pasos— Brujería... Brujería...

—No es brujería. Es solamente carne con plaga.

El bandido soltó la sartén, pateó la leña con estrépito y el fuego lamió las botas del carnicero. Oscuro dio un paso atrás. Por poco se quema.

«Bebemierdas...»

El antropófago le escupió en la cara. Luego lanzó una amenaza; pero antes de colocarse su manopla Oscuro ya se había deslizado. Tras dar una finta se quebró como un tallo bajo una brisa fría. Luego brincó. Blandió. Y una fisura se abrió en la corva del forajido. Entonces éste cayó en el fuego, donde empezó a quemarse. Sus aullidos se extendieron por la floresta monstruosa.

—Gritas como una niña cuando la violan —susurró el carnicero antes de dejarlo de lado—. Ahora solamente queda uno.

—¡Aléjate de aquí, cabrón hideputa! —escuchó que gritaba el otro sujeto y, al volverse, vio que ya había apresado a la mocosa. El asesino le helaba la garganta con un cuchillo, y, encorvado, le presionaba el cráneo contra su miembro.

—Un movimiento en falso, monstruo, y la mato.

—Pobre diablo. Crees que me importa. —Oscuro fue muy rápido: solamente una finta, un giro de muñeca diestro y la cuchilla silbó, brincó y mordió. No le dio tiempo de moverse. Tampoco a la mocosa. «Por fin todo ha terminado.»

Esa noche, mientras el carnicero caminaba sobre la grama observaba al hombre temblar, retorcido en el barro que se teñía de rojo. Su cuchilla le atravesaba el ojo a la cría, quien ya había muerto; y la punta perforaba el bajo vientre de su captor. De reojo vislumbró un trozo de carne en el charco que se formaba sobre el barro. El hombre aún no moría.

—Tenías una polla gorda y pequeña —le dijo tras pararse sobre ella y pisotearla hasta que se volvió una maza—. Pero ahora ya no te queda nada.

Luego agachó la cabeza y las tripas comenzaron a sonarle. Entonces se dio la vuelta para ver a los cadáveres: el de la cría y el de su madre yacían casi juntos, y el del antropófago continuaba ardiendo. En ese momento un olor a carne quemada y a pelos chamuscados inundó el sotobosque y el carnicero pensó que era un buen cambio, por lo menos para empezar la noche.

Luego de arrastrar los cuerpos de las mujeres, los echó como dos sacos de carne sobre el cadáver mutilado. Oscuro se pasó la lengua por los labios y, con la vista, buscó entre las jabas rocas y leña para quemar. Tras encontrarlas asintió poco antes de que unos grajeos poblaran el cielo. Entonces las tripas le rugieron de nuevo y, de pronto, echó un pedo.

—Nada mejor para empezar la noche —dijo.



**LIMA  
SHOW**

FOTO & VIDEO DE BODAS  
HORA LOCA TEMÁTICA  
DRONES BATUCADA  
ROBOT LED

9869 - 89144  
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO  
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

/LIMASHOWBTL

SPX/NEUSUD

# El neumático

Por: Jorge Zarco





El agua de la piscina de aquel chalé estaba demasiado oscura, aun siendo todavía de día y con la luz apagada de la hora mágica acercándose al crepúsculo.

Un neumático de camión flotaba a modo de colchoneta sobre el centro de sus oscuras aguas y la radio vomitaba un especial sobre personalidades insólitas. Jota, resignado, se había quedado absolutamente solo cuando a su hermano mayor le dio por irse, con su nueva novia, al nuevo pub del pueblo cercano donde se podría escuchar música metal.

Sus padres no volverían hasta mañana y ya eran casi las seis de la tarde en pleno agosto, lo que le aseguraba unas dos horas más de día antes de anochecer completamente.

Soplaba un viento fresco, de atardecer veraniego a la sombra, lo que era mejor que el mediodía y hacía más llevadero estar a la intemperie.

Pero a Jota el mes de agosto siempre se le había antojado bastante siniestro, a pesar del bochorno, las vacaciones y lo buenas que estaban tanto la antigua como la nueva novia de su hermano. Incluso, a pesar de sus recién estrenadas quince primaveras y del clima festivo que había en el pueblo y que parecía contagiar el ambiente. Como si el miedo que nos acompaña en nuestro divagar cotidiano nunca se hubiera ido de vacaciones. Pero Jota sabía que la angustia que lo acompaña a uno, sobre todo en esa espantosa edad que es la adolescencia, no solía tomarse días libres.

Aquel chalé no estaba alejado del pueblo, pero si alguien lo asaltase a medianoche y matase a sus ocupantes, posiblemente nadie se percataría de ello hasta demasiado tarde, como siempre. El temor flotaba en aquella zona desde unos cinco años atrás. Cuando un eslavo asesinó a toda una familia en una vivienda cercana tras dejar un reguero de chalés ensangrentados a lo largo de toda la “pacífica” Europa comunitaria. Y nadie recordaba (o no quería recordar por temor a crear brotes de racismo) de donde venía.

Una canción del grupo de Pop-Rock británico “Stone Roses”, sonaba por la radio. A Jota le gustaba el llamado “Brit-Pop”. Lo encontraba melancólico por sus melodías que, más o menos, traducían superficialmente por los apurados conocimientos de inglés que poseía y que le hacían sentirse menos solo en momentos como aquel.

El neumático negro era un recambio de camión, más duro y más resistente que un flotador convencional y flotaba siempre en la solitaria calma de la piscina. El agua temblaba por la brisa creando ondulaciones en la eterna calma de la piscina, mientras el sol aprovechaba los momentos de reinado antes de ocultarse tras la línea del horizonte.

Ahora sonaba “Devo”, un grupo norteamericano de tecno-pop experimental que reinó entre finales de los setenta y comienzos de los ochenta. Había conseguido, con el paso del tiempo, esa oportuna etiqueta que llaman “de culto”. Jota ojeaba una revista de música de su hermano que incluía una historieta de una sola página. El comic era belga, o eso es lo que le dijo Víctor que así se llamaba, aunque sus colegas le llamaran “Venom” por un popular grupo metal al que era muy aficionado.

La trama trataba de una mujer que vivía sola en una casa solitaria en medio de un bosque. Para matar el tiempo, componía puzzles de muchas piezas que podía tardar días en completar. Ya estaba a punto de acabar el último, que había comenzado días atrás, cuando se percató que la imagen creada era la de un loco furioso que acechaba tras una ventana demasiado parecida a la suya. Y entonces se oyó un ruido de cristales...

Jota recordó una de esas leyendas urbanas que circulan por los institutos, sobre un montañista que por falta de víveres y brújula, se había perdido en medio de una montaña invadida por la nieve y la niebla. Caminando casi a ciegas en medio de la más absoluta noche, creyó ver un puñado de luces, que confundió con las luces de un posible pueblo cercano, y al acercarse se percató que los faros en realidad eran los ojos brillantes de una manada de lobos hambrientos.



# Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

## Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

La historia acababa ahí y Jota se pudo imaginar la carnicería resultante. El programa de radio terminaba con una tercera canción: “Three Imaginary Boys” de Robert Smith y los “The Cure”. Reyes del pop siniestro o punk gótico o como quisieran llamarlo. El locutor empezó a hablar: —El cantante afroamericano Michael Rockson sufrió este fin de semana un vil ataque en su casa de Bel Air de un sádico psico killer que desuartizó su colección de animales con un espray adormecedor y una sierra mecánica circular. Para completar la faena convirtió el espray en un soplete con la ayuda de un mechero y carbonizó la peluca afro de Rockson, quien salió disparado a su piscina para darse una urgente zambullida. El “psico” desaparece y promete atacar a otras estrellas del espectáculo residentes en Bel Air y Hollywood en general. Los psiquiatras hablan de que podría tratarse de un famoso frustrado o un exactor infantil convertido en juguete roto por la cruel indiferencia de quien deja de caer en gracia...—

Jota dejó de escuchar y siguió observando el agua de su piscina. El ligero viento que creaba ondulaciones en el agua y el neumático que solía posicionarse siempre en el centro de la misma; algo de lo que nunca se había percatado y ahora prestaba más que nunca atención a ese detalle. El neumático no estaba amarrado a ninguna cuerda por ningún lado, así que debía por ley de la gravedad natural, desplazarse por el viento hasta chocar con los bordes de la piscina, viniese por donde viviese la brisa. Al lado de la escalerilla misma, por ejemplo.

Pero por fuerte que soplase el viento, el neumático seguía en su posición como si hubiese adquirido no solo conciencia propia, sino de una voluntad de resistencia que era imposible de poseer en un objeto inerte en apariencia. O sea, muerto. A no ser que “algo” lo mantuviese allí con algún propósito.

Jota recordó que no se había zambullido en ella desde septiembre del año pasado. Empezó a sonar en la radio “Stand Up” de los británicos “Jethro Tull” con más de cuatro décadas sobre los escenarios. Jota no hizo el esfuerzo de intentar traducir la letra, pero captaba el ritmo, la melodía, el sentimiento y eso le producía paz y serenidad en medio de la inquietante soledad que produce el campo al anochecer. Empezó a sentirse mejor

y hasta pensó si no estaría mal tirarse al agua pese al cloro y las advertencias de su padre sobre la irritación ocular que podría coger. Aunque estuviese fría, total era agosto y verano, y aquello no era la alta montaña y las noches no se hacían lo que se dice, heladas.

Pero se sorprendió a sí mismo, inquietándose más de la cuenta, al levantarse al coger la pértiga con la que limpiar la superficie de la piscina, que con suerte solían ser unas pocas hojas muertas. Entonces, creyó ver sobre la superficie del agua algo similar a un chapoteo, apenas un flash visual de unos pocos segundos... como si algo nadara en el interior de las oscuras aguas. Jota no quiso preocuparse, pero en su cerebro saltó el resorte “inquietud”. Un pequeño anillo que se extendía hasta desaparecer llamó su atención:

—¡Mierda de agua tan oscura, si se pudiera ver el fondo! —Soltó mosqueado la pértiga, quizá para que en su cerebro no saltase el resorte: “miedo”. Su padre le había dicho que esa oscuridad era por el cloro y las paredes de hormigón pintadas de negro. Maldecía a su hermano por no haber pintado las paredes de blanco o azul marino. Las dejó negras como el carbón para marcarse una vacilada ante un par de impresionantes tetas muy adictas a lo siniestro y que terminaron siendo magreadas por un colega suyo, haciéndole quedar como un gilipollas.

En la radio volvió a sonar la voz del locutor: —En el lago Virginia de Tanzania, el exceso de explotación del ecosistema de sus aguas está acabando con la raza de carpas autóctona del lugar, lo que amenaza con crear una alarmante hambruna en uno de los países más pobres de África Central—.

Jota recordó, por las carpas de Tanzania, que su padre en octubre del año pasado, durante un frío y ocasional fin de semana, había arrojado a la piscina unas tres o cuatro crías de caballa para que “engordaran”. A los días siguientes de su improvisada piscifactoría, sus cadáveres flotaban en la superficie con una nube de moscas atraídas por la putrefacción. Víctor sufrió un ataque de risa mientras papá se hundía en el desánimo. Y es que la piscina nunca había estado libre de cloro. Claro que se decía que las medusas podían sobrevivir en las “aguas muertas”, aquellas que carecían de oxígeno, y es posible que como especie marina pudiese sobrevivir al cloro.

¿Las medusas, en su piscina? Aquello era un imposible. ¿Quién es tan retrasado como para meter una medusa en una piscina? Pero Jota no iba a echarse atrás por ese pensamiento, ni mucho menos, aunque “algo” había empezado a martirizar sus nervios...

La radio había echado una canción de Phil Collins de mediados de los ochenta, cuando ya había empezado su etapa en solitario, antes de volver a vomitar otra vez noticias fuertes:

—Ayer murió a los cuarenta años el escritor ucraniano Piort Aseyev en su residencia de Odessa. Aseyev había pasado los últimos años de su vida intentando llevar a juicio al cineasta underground americano Nick Foden, al que acusaba de haber plagiado su novela “La garra de la muerte” para el argumento de su película “Los que se ocultan”, rodada en mil novecientos noventa y nueve y jamás exhibida públicamente al morir tres de sus intérpretes y dos técnicos en unos “dudosos” accidentes. Aparte de morir la novia del director dos semanas después de concluido el rodaje. La demanda del escritor jamás prosperó en parte porque casi nadie vio la película, ya que Foden solo se permitió un pase sorpresa en un pequeño festival en Rotterdam, tras el cual desapareció para siempre la única copia disponible de la película. Casualidad irónica, Aseyev estaba entre los escasos diecisiete espectadores que la vio por casualidad. El propio Aseyev jamás volvió a escribir y murió el pasado sábado de una sobredosis de morfina, a la que se había enganchado durante el frustrante proceso para llevar a Foden a juicio en una causa que nunca prosperó y en la que nunca fue auxiliado por entidad cultural o judicial alguna, ya que Aseyev siempre fue un desconocido en su Ucrania natal. El destino de Nick Foden no fue mucho mejor, se volvió adicto al crack y a la ketamina. Nunca volvió a ponerse tras la cámara. Afirmando a la desesperada que jamás había leído el manuscrito de Aseyev e incluso desconocía su identidad; ambos nunca coincidieron. Lo inquietante es que Foden agonizó en un cubil lleno de yonquis en Los Ángeles el día de su cuarenta cumpleaños, el mismo día de Aseyev cumplía dicha edad y fallecía en Odessa.

Demoniaca coincidencia, ya que ambos tenían un parecido físico muy inquietante, que daría a pensar que se trataba de gemelos. Además de correr la leyenda de que ambos eran hijos de una mujer moldava que los entregó en adopción llamada Tatiana Foden Aseyev. Descansen en paz.

Aquella noticia devolvió a Jota a la realidad. Por pura lógica tenía que pensar que al fondo de la piscina no le pasaba nada por muy oscuras que estuviesen sus aguas... y que el neumático se posicionase siempre en su centro. Tenía que tener una lógica que explicase aquello en vez de dejarse llevar por supersticiones. Empezó a sonar por la radio una canción de un casi olvidado grupo de heavy metal de los setenta: "Pentagram", pioneros de lo siniestro e inspiradores de "Black Sabbath", "Judas Priest", "Iron Maiden" o "Fear Factory".

Contagiándose de coraje, se levantó y agarró la pértiga para irse acercando el neumático hasta la orilla de su piscina, hasta tenerlo al alcance de la mano. Miró el agua oscura y haciendo un profundo respiro para darse valentía, se dejó caer a cuatro patas sobre sus manos y rodillas a fin de tener un punto de apoyo que le permitiera mantener el equilibrio sin necesidad de mojarse, simulando las cuatro patas de un perrito. Se sintió ridículo en aquella postura, pero al menos no se caería al agua, navegando suavemente sobre aquel neumático de camión a modo de donut gigante. El agujero del centro le permitía ver subir y bajar el nivel del agua sin que esta jamás le alcanzara.

No tenía nada que temer y de hecho sintió la tentación de zambullirse hasta el fondo y desde allí volver a saltar para propulsarse hasta la superficie. Pero no se movió, y se limitó a dejarse mecer por la brisa... hasta que se dio cuenta que el neumático había vuelto a posicionarse en el centro mismo de la piscina y que su posición volvía a ser fija e inmóvil.

Pensó que el agua oscura siempre le había inquietado por lo que podía esconderse debajo de ella, y que por eso siempre había preferido la piscina al agua del mar. Se oían historias que en Australia los caimanes habían invadido piscinas privadas sofocados por el calor y habían atacado por sorpresa a sus propietarios. Pero lo máximo que podía meterse allí era una culebra de campo, y no había oído leyendas urbanas al respecto. Hasta el agua de los ríos le daba cosa por qué se llenaba de peces y animales de toda clase, y el agua de las playas le asustaba por las medusas. Pero intentó controlarse y miró fijamente el agua oscura.



Un destello plateado volvió a brillar bajo la superficie y en su cerebro se conectó la palabra: pánico. Y entonces, perdiendo la noción del tiempo y el espacio, el agua negra desapareció y Jota se vio de pronto levitando en el vacío. El líquido se había esfumado y había dado a otra realidad: un enorme hueco de escalera de caracol hecho de mármol similar al coral, de una altura de unos diez pisos. Jota recordó al instante que también sufría vértigo y a la vez se repetía que aquello no podía estar sucediendo mientras flotaba suspendido en el vacío y veía por el agujero del neumático el gran hueco por donde debía haber estado el ascensor. El hueco de todo gran edificio modernista por el que amenazaban con precipitarse los vecinos y los suicidas hasta el feliz aterrizaje. Podía respirar la atmósfera de un interior fresco con buena ventilación y limpiado con lejía perfumada, lo que no hacía menos terrorífica su caída en picado hacia lo que parecía una cocha de mar gigante con sus fauces cerradas y tan blanca como el resto del entorno. Jota miró asustado a su entorno en todas direcciones antes de volver la mirada al vacío que caía por el hueco de su neumático flotante.

Pensó que de no tratarse de una alucinación provocada por el pánico, había saltado a otra dimensión por alguna razón desconocida, puesto que el entorno que le rodeaba no le daba ninguna opción de huida. Al menos de momento... y entonces creyó en aquel instante entender la situación de aquel imposible. Quizá por eso el neumático se posicionaba siempre en el centro de las aguas, para poder ejecutar un salto dimensional entre dos mundos cuya puerta de entrada era el centro de su piscina.

Jota pensó en qué clase de seres habitarían aquel hueco de mármol y cuál sería su aspecto; y si podría llegar a verles desde el agujero de su neumático. No es de extrañar que nadie se hubiese atrevido a bañarse desde el año pasado. Aquellas caballas debieron ser los primeros cosmonautas hacia aquella dimensión, hacia el hueco de la escalera.

Quién sabe si no se ahogaron por el cloro o el oxígeno de aquel abismo que se extendía bajo sus pies en aquel lugar imposible donde no podrían haber sobrevivido... y entonces el silencio que rodeaba a Jota se cortó de pronto con una especie de gigantesco eructo similar a unas enormes tripas revolviéndose.

¡Y entonces Jota empezó a caer al vacío a bordo de su neumático como si la fuerza de la gravedad hubiese vuelto a traición, y no pudo parar su caída mientras veía abrirse las fauces al Leviatán que habitaba en el fondo de aquel hueco!

Una boca de forma vaginal infectada por millones de dientes de piraña dispuestos a darle a Jota la bienvenida, por lo que no paró de chillar mientras se sumergía en aquella abominable oscuridad.

Dándose cuenta en pocos segundos que tragaba agua y se revolvía en líquido elemento, el agua con cloro de su oscura piscina, dio unas violentas patadas para salir hacia la superficie ayudándose de paso con brazadas. Emergió justo delante de la escalerilla y salió por ella de dos saltos y cayó rodando sobre el borde de cemento que le rodeaba. Sintiendo a salvo ante el inminente crepúsculo, respiró aliviado.

Perdió la noción del tiempo mientras juraba que no revelaría su viaje ni a locos ni a cuerdos.

La radio comenzó a soltar los primeros sonos de Sting cantando al frente de "The Police", "Spirits in a Material World", y a Jota le invadió la euforia de haber vivido una experiencia fuera de serie, preguntándose si su hermano y su padre no habrían tenido el mismo viaje y se lo callaron como haría él. Pero el peligro no por ello dejaría de existir. Oyó a lo lejos un coche acercándose con música metal a bordo, era su hermano acompañado de un doble claxon.

Volvió a mirar la superficie del agua y otro chapoteo plateado le hizo saltar: pensó en medusas caminando sobre dos patas. El neumático había vuelto a posicionarse en el centro de la piscina, como si quisiera no volver a moverse jamás pese a la brisa y el viento. Oyó pisadas.

Su hermano salió de la creciente oscuridad y le sonrió: —¿Qué tal la tarde?

Y sin quererlo, volvió a pensar en medusas caminando sobre dos patas...

Jota hubiese dicho mil cosas al mismo tiempo pero solo soltó: —Nada del otro mundo.

Víctor fue en busca de su nueva novia, mientras Jota se quedaba mirando la superficie de la piscina donde su hermano y su nueva novia y quizá el mismo se dieran un chapuzón. Por unos instantes vio un resplandor plateado bajo su superficie, similar a las ondas que deja una piedra al chocar con el agua quieta. Salvo que el impacto se había producido bajo la fina línea acuática que separa el agua de la superficie. Allá donde la oscuridad no dejaba penetrar a la vista.



# Los mensajeros de la noche

Por: Javier Velásquez





Los días grisáceos venían teñidos del rojo adorno de la guerra en Feddertown. Las batallas se habían extendido no solo a través de las tierras sino en el tiempo. Los años enseñaron a las partes que la comunicación con los aliados era fundamental; así lo había aprendido el reconocido coronel Johan Wigmund, quien escribía con detenimiento un comunicado desde su campamento al noroccidente de Feddertown, a unos aliados importantes. Dado el gran valor de las comunicaciones para los periodos bélicos, los aspirantes a transportar las misivas debían ser eficientes y de confianza. Por eso tras un año de preparación el mensajero, de rasgos serios e insanos, Heinrich Grand, tendría la oportunidad de poner a prueba lo aprendido y hacer su aporte en la guerra.

El recorrido que lo llevó a lo que iba a ser su encomienda más importante, no era del todo complicado. El desespero por la búsqueda de la victoria había llevado a los rebeldes liberalistas, comandados por Wigmund, a valerse de trabajadores de las poblaciones lejanas de las ciudades porque cumplían los requisitos más importantes para llevar mensajes que comprometían la vida de muchos y las arcas de otros. Los más ágiles, resistentes y fuertes eran las mejores opciones. También se buscaban algunos con astucia suficiente para salirse con la suya al encarar el enemigo, aunque esto implicaba riesgos con individuos desafiantes. Así que para evitar cualquier problema con el traslado de epístolas, el seguimiento, la convocatoria y elección era muy rigurosa. Le exigían algo particular a los osados hombres: que fuesen analfabetos. Por esto se les probaba de diferentes maneras, a unos se les hacía llegar tratados, comunicaciones de confiscación de predios, amenazas u ofertas jugosas a sus hogares iletrados, y si no mostraban interés, protestas o quejas por estos textos, empezaban el proceso de ser parte de la escueta mensajería con fines militares. Los elegidos se beneficiaban con jugosas propuestas de trabajo y terrenos al terminar el conflicto.

No eran muchos los emisarios, y muchos menos los que contaron con la suerte de participar en la mensajería de los más altos mandos, como Heinrich Grand, quien ahora tenía una misión definitiva para cambiar el curso de la guerra que se estaba librando y, tal vez, el destino de muchos.

Fue así que la azul y nublada mañana de un sábado el coronel Wigmund, con su pulcro uniforme que lo enaltecía como comandante, le entregó personalmente la misiva a un anonadado Heinrich:

—Antes de esconderse por completo el sol, por el viejo camino de Ylión, que atraviesa un olvidado cementerio, allí verás una abandonada biblioteca... Nadie debe verte. Hijo, serás recompensado cuando regreses.

El nervioso Heinrich, con harapos de gentuza del vulgo y su vieja bolsa, a pesar de que sus rasgos no lo demostraban, expresó su admiración al líder castrense que tenía en frente:

—Gracias señor, prometo entregar cuanto antes el mensaje.

Un teniente los interrumpió acercándose a Wigmund y consultándole por su firma para completar el formato para asignar escoltas al mensajero, este con un gesto de molesta negación se apartó mirando fijamente a Heinrich:

—Este valiente errante no necesita escoltas. Pienso que solo retrasarán su paso, y además, teniente Hegg, no pienso arriesgar más hombres. Doy fe en que nuestro mensajero solo necesita provisiones, ¿no es así señor Grand?

Sin conocer las consecuencias de esto, el vulgar mensajero solo asintió y sonrió a los militares, dio media vuelta y salió de la gran tienda de campaña del coronel y partió a su destino.

El viejo camino de Ylión siempre estuvo en boca de todos los pobladores, cuando de personas desaparecidas, gritos y sonidos extraños, se trataba. Muchas explicaciones se ofrecían a estos raros eventos. Heinrich también había crecido escuchando las leyendas sobre este viejo sendero o lo que quedaba de este, y ahora era recorrido por este iletrado en soledad. Pero, pensar en todo ello no detenía al mensajero, y más que la jugosa recompensa ofrecida por cumplir tan importante tarea, sentía algo de orgullo y honor al realizar y cumplir esta encomienda.

Después de todo, pensaba, era mejor ser partícipe que simple víctima de la avanzada de la terrible armada fiel al patriarca Anglaenon, Señor de Feddertown. Se decía que usualmente azotaban poblaciones lejanas y dejaban pueblos más desolados de lo que ya estaban, en busca de milicianos del cuerpo civil. Debido a esto no era raro que en las casas se sobreviviera contra enfermedades, hambre y tiros.

Pero, por suerte, el camino que recorría no tenía ninguna cabaña habitada. El pueblo más cercano estaba a dos horas a caballo, un factor favorable más que negativo. Con ritmo seguro el hombre recorría el sendero apreciando cómo la vegetación se apoderaba del terreno y devoraba los últimos restos de un asentamiento que un día allí fue habitado. A pesar de la seguridad de su marcha, lo inquietaba la tranquilidad del lugar. Esto lo dejaba expectante a emboscadas enemigas, que eran comunes en senderos solitarios, o de ladrones al asecho. Un temor débil a las leyendas con las que había tenido contacto también lo invadía.

Entrada la tarde, Heinrich decidió darse un descanso vespertino. El camino, según había escuchado, no era tan largo si se recorría a marcha segura, por lo que comió y bebió confiado, descansó un poco, y siguió pensando en los misterios que rodeaban el lugar. Pronto su atención se vio atraída por el mensaje que iba en su bolsa, sacó el paquete que le habían dado, ojeó el sello que usaba el líder miliciano liberalista y sintió el deseo de leer el motivo por el que arriesgaba su vida, pero un lejano fuego de sonido de cañones lo interrumpió.

Se levantó agradeciendo que se escucharan lo más lejos posible del lugar donde se encontraba. Guardó el paquete y continuó su marcha por el sendero ambientado por un nublado atardecer.

Con el sol escondiéndose, el emisario ingresó al olvidado cementerio que el admirable Wigmund le había mencionado. En el lugar se distinguía unas cuántas tumbas a un lado y al otro



lado del terroso camino, que se iba haciendo más estrecho conforme avanzaba la vista, la maleza también había devorado y profanado el descanso de los muertos. Más adelante se veía una antigua pero bella estructura de estilo difícil de apreciar para el analfabeto caminante. Se sentía admirado por las ventanas, balaustres en lo alto y el arco que adornaba la entrada de esta.

Se trataba de la inmensa biblioteca y se notaba su abandono, con las plantas invadiendo sus esquinas. Ver tal construcción le dio una pequeña satisfacción por haber culminado el trayecto y, también, por ver por primera vez una estructura así de diferente a las viejas casas y las comunes iglesias que se veían en su pueblo. Pero su entrenamiento le recordó que debía conservar cautela antes de ingresar, a pesar de que no pareciese haber allí más que abandono y leyendas. Por lo que caminó con mucho más cuidado, se salió un poco del camino, bordeando algunas tumbas y pasando lo que quedaba de una derruida valla de piedra, para llegar, desde el lado izquierdo del lugar, a las escaleras y postrarse allí algo eufórico.

Había llegado y ya el sol exhibía sus últimos rayos de luz. El azul se hacía más profundo en el cielo, y con la inquietud de unos minutos en espera, sacó con recelo, mirando cual lunático a su alrededor, el paquete. Desató la cuerda y con su mano derecha levantó la tela que cubría un libro. Con algo de extrañeza tocó su dura tapa y lo abrió. Se topó con garabatos ininteligibles, pero, contra toda creencia de sus empleadores, sabía leer, solo que lo que estaba plasmado en el texto eran códigos encriptados. Avergonzado de sí mismo por abusar de la confianza del coronel y romper su pacto, metió la cabeza entre las rodillas y posó su mano izquierda con el libro apuntando hacia el suelo. Repentinamente levantó su cabeza por un leve sonido y se percató de la caída de una carta sobre uno de los sucios escalones. Rápidamente tomó la carta e intentó guardarla, pero repentinamente escuchó del lado derecho de la biblioteca varios pasos. Instintivamente guardó la misiva en sus harapos, envolvió el libro con la tela y lo ató para meterlo en su bolsa, levantándose de un salto trató de abrir la olvidada puerta infructuosamente. En vista de eso, corrió desesperadamente al extremo izquierdo de la biblioteca pero una extraña fuerza empujó fuertemente su cuerpo contra la pared y perdió el conocimiento.

Al recuperar la conciencia, Heinrich se vio rodeado por extraños con túnicas negras que escondían sus rostros. Uno de ellos ojeaba el libro que le habían encomendado entregar. Sintió ira pero estaba apresado por un fuerte dolor de cabeza y desventaja numérica. Una sensación de impotencia lo invadió por completo cuando al girarse vio que se encontraba dentro de la biblioteca, la cual en la parte trasera tenía sus muros y parte del techo caídos, desde donde se alcanzaba a divisar el profundo azul del cielo nocturno. Al observar a otro lado, vio a uno de los extraños individuos con un objeto de apariencia metálica, el cual se abrió exhibiendo extrañas terminaciones puntiagudas, levantó una pesada tapa metálica de lo que parecía una abertura, sin tocarla con sus manos, como si fuese magia.

Su curiosa impresión no duró mucho cuando los hombres lo levantaron violentamente, mientras pronunciaban de manera aberrante ininteligibles palabras, y a empujones lo arrojaron al oscuro hoyo recién abierto.

La caída dejó al emisario tendido en el suelo adolorido, pero sin heridas graves, por lo que se reincorporó mareado y sollozando, para echar un vistazo a su alrededor y notar una imponente oscuridad que lo hizo sentir sofocado.

La única luz que llegaba a sus ojos era la nocturna luz de la abertura por la que había sido arrojado por sus captores, y de la cual se escuchaban difícilmente conversaciones entre estos. Entonces, un repugnante olor penetró su nariz y lo empujó a buscar una posible salida. Palpando desesperadamente entre la oscuridad, se estrelló con un muro y siguió este para encontrar una abertura pero no se topó con ninguna notando que el lugar era minúsculo. Se sintió cada vez más desesperado. Al tratar de retornar a la luz, esta desapareció con el sonido de la tapa metálica sellando el hueco en el que se encontraba y dejando solo un pequeño haz de luz proveniente de la luna.

El ambiente le pareció más opresivo para su respiración. Se dejó caer de rodillas con toda esperanza desvanecida, pero al rato recordó la carta, la buscó en sus harapos abruptamente verificando si aún la tenía, y de su pecho sacó la misiva restaurándole así un halito de esperanza. Abrió por fin la misiva y se acercó a la única fuente de luz lunar para leer el contenido de esta, buscando razones válidas para morir. En su esfuerzo por leer algunas oraciones, un sonido, un horrible susurro, seguido de un fuerte golpe, lo embistió fuertemente dejándolo con las manos vacías y lejos de la escasa iluminación.

Escuchaba un extraño movimiento, algo acercándose, y al tratar de levantarse sus manos tocaron una grotesca sustancia viscosa embarrada en el suelo. El anormal susurro proveniente de la oscuridad lo inundaba de terror, llevándolo al borde de la locura. Retrocedió tropezando frenéticamente para huir del invisible peligro. Pensó en la carta que debía recuperar, así que rodeó el lugar sin perder el haz de luz de vista. Se abalanzó sobre la carta que aún era visible gracias al nimio destello y la abrió desesperadamente para leer a voz viva tartamudeando:

—La ca... La cabra de los di... diez mil retoños...—

Repentinamente, aquello que lo perseguía se detuvo. El aterrado mensajero Heinrich no escuchó ni un paso ni un susurro más, un descanso a su favor para recuperar el aliento, pero lo que sucedió después lo dejó sin aliento casi al punto de desmayarse. Una sobrenatural imitación de voz humana se desprendió de la oscuridad:

—¡Iä! Shub... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! —

Esta inteligible emisión hizo que el emisario perdiera todas sus fuerzas y sus sentidos fueran corrompidos por un horror indescriptible. Ante Heinrich, quien se hallaba arrodillado observando sin parpadear la oscuridad, una criatura con forma de cangrejo, tan grande como un hombre robusto y de textura rígida y rosácea, con una cabeza cubierta apéndices, se acercó a la escasa luz que ahora le permitía divisar aquel ser sacado de los sueños más aberrantes y desquiciados.

Heinrich, inmóvil por el más profundo miedo, vio como aquella aberración retrocedió hacia la oscuridad para luego aparecer avanzando violentamente, pero esta vez no contra él, sino, con la ayuda de dos inmensas alas, para impulsarse hacia la tapa del hoyo y golpear fuertemente esta, lanzando sonidos que solo se podían interpretarse como sufrimiento de una criatura infernal.

*¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!*



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: [estudio@iotopia.net](mailto:estudio@iotopia.net)

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/user/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

El bestial ser cayó fuertemente de nuevo al suelo cerca del atónito mensajero, emitiendo de nuevo extraños sonidos, que, al percatarse Heinrich, no producían eco en el oscuro lugar, más bien parecían que provenían de su cabeza, como si desde su mente se originaran, como si estuviese enloqueciendo.

Tembloroso, sollozando y agotado retrocedió apretando la carta con su mano, y repitió lo que había osado leer con anterioridad:

—La ca... La cabra de los di... diez mil retoños...—

Para luego, llevado por un efímero impulso, gritar de manera hilarante:

—¡La cabra de los diez mil retoños! ¡Sáquenme de aquí! —

Al guardar silencio, desde la superficie podían oírse gritos y sonidos de lucha. Posible ayuda, pensó Heinrich, quien escuchó el ceder metálico de la tapa que rompió la oscuridad con un leve destello de luz lunar. Una voz informó:

—¡Tomen la cuerda! —

El mensajero se arrojó con gratitud a la cuerda que le habían arrojado y se aferró a esta para ser sacado, por fin, a la superficie. Unos hombres lo ayudaron a levantar para dejarlo en un lugar a salvo. Le dieron un poco de agua y lo tranquilizaron. Agradeció a los desconocidos que luego lo dejaron para ayudar sacar a la criatura de la cloaca, la cual taparon con un inmenso trapo y llevaron rápidamente hacia el interior del edificio.

Su atención se vio atraída por otros tipos que traían consigo a varios de aquellos extraños que lo habían arrojado al hoyo. Aún los reconocía por sus túnicas. Mientras uno de ellos reía mordazmente avisando:

—¡Jajaja! ¡Ya viene la oscuridad! —

La luz emitida por la luna desapareció debido a imponentes nubarrones que se asomaban en el horizonte. Heinrich alcanzó a ver, a pesar de la oscuridad presente, cómo de los pisos superiores de la vieja biblioteca descendieron varias horribles criaturas similares a la que ya se había visto. Estas cayeron pesadamente cerca a los derrotados extraños de túnicas oscuras y enérgicamente empezaron a reducirlos. El miedo volvió a Heinrich con aquel frenesí, de cangrejos bestiales y hombres. Fue testigo de cómo las cabezas de aquellos que fueron sus captores, eran arrancadas por las criaturas con la ayuda de algunos hombres, mientras otras de esas alimañas se acercaban con extraños objetos cilíndricos a las víctimas.

Esta masacre hizo que toda dicha desapareciera, pero esta vez sin dejarse petrificar por el terror, se levantó para correr lejos de allí. Atravesó a toda velocidad los derruidos muros de la estructura y salió rumbo al bosque. En el camino tropezó fuertemente con una roca. Adolorido y en el suelo, intentó levantarse rápidamente pero una extremidad no humana lo ahorcó. Intentando librarse repitió sin aliento lo único que pudo recordar de la encomienda:

—Cabra... mil reto...re... ¡agh! —

Fue liberado por el horrible ser de aspecto de cangrejo que se alejó un poco de él, a la vez que uno de los hombres con aspecto compasivo se acercó con una lámpara, pasándole de paso la carta e iluminándole para que la leyera:

— (...) La cabra de los diez mil retoños.

*Esto es, querido coronel Bradford, lo que debe ser pronunciado si se ve ante las criaturas del bosque. Así evitará que sus hombres y usted, por supuesto, sea atacados por estas horripilantes bestias, quienes se tornan agresivas si se percatan de nuestra presencia. Pero de comunicarse, le contestarán con imitaciones de voces humanas y mostrarán interés. Por otra parte, aún sigo estudiando la fijación que tienen por las cabezas de sus víctimas. Tenga presente que el contacto con estos seres puede darnos una ventaja en batalla a aquellos que somos fieles a nuestro señor Anglaenon, pero en criaturas así no podemos fiarnos. Por eso, le envió este mensaje junto con la ubicación de una de esas criaturas que tenemos cautiva, para que sea estudiada y descubierta su debilidad, para ser destruida junto con otras similares que habitan el bosque. Empero, he iniciado un plan y dado ins-*

*trucciones para que los liberalistas ataquen, atrapen y torturen a estos seres. Así serán vistos como los verdaderos enemigos, siendo diezmados tanto por la gloriosa armada del patriarca como por las extrañas criaturas, consiguiendo, tal vez, la victoria definitiva sobre el enemigo.*

*(...) No permita que el enemigo se entere de esta oportunidad con las criaturas, sería nuestra pérdida. Solo resta rogarle que haga lo posible por matar al ser que he capturado, ya que este llama a los suyos si se ve en apuros. Son inteligentes y si estas cosas son vistas por la mayoría de nuestros hombres serán derrotados por la locura que conlleva divisar a esos demonios. No habrá guerra ni habrá victoria si todos somos subyugados por esto temibles seres de leyenda.*

*Espero su pronta respuesta.*

*Coronel J. Wigmund*

La decepción impidió que Heinrich leyera la carta en su totalidad. Con lo leído, bastó para desmoronar hasta la última pizca de esperanza y fuerzas que le quedaban. Dejó caer con resignación su cuerpo en el suelo. Ya no sentía miedo, era más fuerte la decepción, y admirando la bóveda celeste, lo último que vio fueron rostros humanos, agradeciéndole, según podía leer en sus labios, junto a cabezas con apéndices que le manoseaban el rostro, mientras desprendían su mente de su cuerpo para introducirla en un líquido verdoso dentro de un tubo, junto a muchos otros cerebros humanos, recolectados por estas criaturas que, según las leyendas de alrededores de Feddertown, descendieron de la profunda noche para apoderarse de las mentes humanas y torturarlas por toda la eternidad, lanzándolas al vacío.



# II Convocatoria

Se reciben cuentos para la revista:



Huerto, Arana, Campos, De la Torre, Güich, Honores, Rothgiesser, Salvo, Arteaga  
- Comité Editorial -

Los pueden mandar al correo:  
[relatos@acuedi.org](mailto:relatos@acuedi.org)

Para consultar las bases:  
[www.relatosincreibles.com](http://www.relatosincreibles.com)

Prórroga para enviar cuentos:  
**Lunes 7 de marzo del 2016**

# En la escuela

Por: Luis Eugenio Panza





Cada vez que entraba un profesor, entre varios lo agarraban y lo mataban. Tenían divididas las tareas, y ya sea por coerción o por locura colectiva las cumplían a rajatabla. Entraba el profesor por la puerta del fondo del aula, y sin mirar mucho saludaba a nadie en particular, de manera resignada, caminando por el pasillo hacia el pizarrón, cuando era agarrado por tres de los chicos por atrás. Pablo el más alto tapándole la boca para que no gritara, Marcos y Flor, la machona que muchas veces se agarraba a las piñas con los pibes del quinto año —y ganaba— lo atrapaban desde atrás agarrándolo firmemente de los brazos, en una llave de esas de la lucha en la que todo vale. Solo sabían una llave efectiva, pero la hacían los dos a la vez, cada uno por un lado, y la ejecutaban de forma meticulosa para asegurarse que el profesor no zafara. Después estaban los que lo ejecutaban, Ramiro y María del Carmen, desinteresados de simbolismo agarrándolo de la cara y dándole vuelta para un costado hasta que hiciera ruido como que ya estaba. Alejo, Miranda, Zair y Esteban sujetaban el cuerpo ya muerto, con el peso cambiante y convirtiéndose rápidamente en una bolsa de papas, lo tomaban de los brazos de Marcos y Flor como si fuera una posta, para ir a llevarlo con cuidado al otro rincón del aula, a la pila, para que no se viera cuando alguien entrara. Viéndose de afuera era un ejercicio de física, de esos que el profesor cuya cabeza yacía sobre el pie derecho de la de Psicología y bajo el vientre de la de Literatura hubiera estado orgulloso unos días, o tal vez unas horas, atrás. Miranda y Zair, los más lógicos y endebles de los cuatro, calculaban precisamente el punto de gravedad del cuerpo muerto, y lo agarraban en los lugares exactos para tener que hacer la menos fuerza posible, con una intuición que solo puede provenir de alguien que, de tanto hacerlos a conciencia, ya tiene internalizados los cálculos. Alejo y Esteban eran menos exquisitos, pero tenían horas de entrenamiento en gimnasio para respaldar su incompetencia física/matemática. El resto de la clase se dividía en campanas, en gente encargada de cerrar la puerta cuando el profesor llegara, y hasta en chicos cuya labor consistía solamente en tachar la materia de todos los calendarios, lo único que se venía a parecerse a un ritual. Con el simbolismo más básico, la materia que dictaba el profesor que acababan de matar se anulaba completamente, desaparecía en su totalidad de una existencia pasada, presente o futura y se hacía una con la nada.

La distribución de tareas y roles no solo garantizaba el rendimiento de toda la operación, que alcanzaba porcentajes tan satisfactorios que más de un administrador se sentiría tentado de analizarla, sino que también servía para mantener a todos ocupados en algo, participando, y para que ninguno se detuviera a pensar o quisiera desvincularse de la fría locura del resto del grado.

Resultaba difícil saber cuándo y cómo es que esta había comenzado. Las teorías eran varias, y, si bien muchas encontraban puntos en común con las demás, lo cierto es que existían tantas teorías como chicos dentro en el año. Treinta y uno, para ser exactos. Las causas que se barajaban, entre murmullos por temor al buchoneo del de al lado, eran:

1. El liderazgo de Marcos.
2. El *bullying* de Alejo y Esteban.
3. La falta de futuro asegurado tras la escuela secundaria.
4. La intolerancia de Miranda por un sistema educativo que no la comprendía a ella ni a cualquiera que quisiera educarse, y un plan que supuestamente ella vendría gestando en secreto desde hace años.
5. La posible expulsión de Gerardo, quién, quizás desalentado de antemano por la espada de Damocles que se cernía sobre él desde mayo, no parecía encontrarse del todo en la revolución de los estudiantes.
6. El profesor Ledesma.
7. La represión de las mentes y la imposibilidad de protesta desde abajo.

Junto con estas, de forma aún menos abierta muchos culpaban a la clara homosexualidad reprimida de Alejo y a la necesidad de resaltar de María del Carmen, capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención de cualquier persona que se encuentre en un radio de diez kilómetros de distancia.

En la pila del rincón, mientras tanto, el número de cuerpos se hacía cada vez más grande. Lo que había empezado con el cuerpo enjuto y ya enfermo del señor Guzmán, al cual la muerte ni siquiera había conseguido empeorar, ahora constituía una masa informe de carne y fluidos diversos que debía ser abanicada con carpetas oficio para evitar que los olores se propaguen. A Juan, encargado de “refrigerar” los cuerpos con su destartalada carpeta del Barza, le recordaba la vez que en primaria Diego había tirado las cuatro bombitas de olor que habían comprado, pisándolas fuertemente frente al escritorio de la de Actividades Prácticas. La reacción de la profesora había sido cerrar la puerta y las ventanas, para que, encerrados como ratas, se señalen los unos a los otros con el dedo y empiecen así a caer los culpables.

La situación se iba a hacer rápidamente insostenible, y algunos empezaban a manifestar sus dudas, incluso mostrándose claramente escépticos en el caso de Gerardo, de si iba a ser posible continuar hasta las seis y cuarto que es la hora del timbre para irse a casa, cuando Miranda anuncia con todo el peso de una premonición que dos de los docentes de la pila tenían que ir a otras clases con otros años. Lo afirma con total certeza, como si tuviera la agenda de estos profesores en la mano. A Ruiz lo deben estar esperando en primero, dice, y a Ledesma, la puta que lo parió a Ledesma, lo deben haber estado esperando en quinto desde la hora pasada. A Ledesma nadie lo iba a ir a buscar, pero Ruiz era un problema, porque si se quedaba mucho tiempo solo primer año alguien iba a enterarse por el bardo. Y cuando mandasen a alguien a buscarlo, por más que se encargasen de esa persona, en algún momento todo iba a saltar. Las dudas empezaron a correr de un lado para otro, cada vez más descontroladamente, a pesar de las palabras tranquilizadoras de Marcos y de puños de Esteban, que golpeaba el aire, al no tener una persona específica contra la cual dirigir sus amenazas.

No había nada que hacerle, el grupo empezaba a fragmentarse, cuando Zair propone que él y Miranda vayan a la sala de profesores, diciéndoles a los otros docentes que Ruiz los había mandado, como para pedirle a otro profesor que lo vaya a cubrir a primero hasta que él pueda terminar una actividad. Era rebuscado, sí, e inmediatamente empezaron a negarse tanto Alejo como Flor, a los que solo les ganó en intensidad la protesta de Gerardo, para pedir que no manden a los tragas, y exigir que lo dejaran ir a él en su lugar. Con su intervención el argumento ya estaba perdido de antemano. No iba a haber nada que Alejo o Flor pudieran decir en forma de protesta, ahora que Gerardo se había proclamado de su lado, y de todas maneras era innegable que los *nerds* eran los únicos que contaban con la suficiente credibilidad para hacer funcionar un plan tan descabellado.

## Parte 2

Ni Miranda ni Zair volvieron al aula. Los esperaron diez minutos, comiéndose las uñas y temerosos de que su plan no estuviera funcionando, y luego llenos de bronca por la traición, por la falta de huevos de esos dos que se habían largado a la primera de cambio. Claro que nunca habían sido aceptados en el grupo, y francamente siempre habían sido discriminados, más Marcos y algunos de sus seguidores empezaron a hablar de la unidad que formaban todos aquellos del tercer año, más importante que cada uno de sus integrantes, que tanto Zair como Miranda habían violado. El resto de la clase opinaba de maneras diversas. Algunos escuchaban atónitos como Alejo y Esteban concordaban conque la unidad del curso había sido traicionada, porque tenían presente la forma en que siempre habían tratado tanto a Zair como a Miranda. Otros se dejaban convencer, y comenzaban a abuchear a los tragas. Los argumentos parecían atenuarse o radicalizarse por el valor semántico que contenía la pila de cadáveres mal abanicados. En cualquier caso, con la fuga de Miranda y Zair, solo quedaban veintinueve en el aula.



Gerardo no tardó en saltar. Envalentonado con la inapelable convicción de haber estado en lo cierto en no haber querido dejar ir a Zair y a Miranda, lanzó una batería de argumentos virulentos contra Marcos y sus tocayos, caracterizándose lo mismos más por su fuerza devastadora que por su carga argumental. A su lado se puso rápidamente Flor, pero también sorprendió la adhesión que consiguieron sus palabras en una María del Carmen deseosa de ponerse frente a donde estuviera la cámara, y en un Juan de brazos cansados, agotados por abanicar la pila de cadáveres con su carpeta del Barza. De repente, la clase se encontró polarizada. El resto del año se vio con la necesidad de elegir un bando y tomar partido por alguien, aun cuando los argumentos de ambos les parecieran endebles y hasta irrelevantes frente a la pila de profesores que lentamente comenzaba a largar el tufo rancio y viscoso de la carne mal conservada. Alguien como Ramiro, por ejemplo, no podía mantenerse al margen de la situación, siendo que su tarea era matar a los profesores con ayuda de María del Carmen, y que sin ella era posible que estos no cayesen en seco, de un golpe, así como las vacas, sino que griten y que griten y que se les vengan al humo todas las autoridades. A Alejo, por su parte, lo ponía en jaque la reprimida atracción que siempre había sentido por Gerardo. Esta atracción era suficiente para que este rompa sus lazos de lealtad con Marcos, y hasta con Esteban, pero, por no tratarse de un enamoramiento reconocido o siquiera deseado, convertía a Alejo, más que en un *bully*, en una bomba de tiempo de hormonas y violencia indiscriminada.

La situación se tornó eléctrica y los dos lados mostraron lo afilado de sus colmillos y la separación exagerada entre sus maxilares. Desde miradas plagadas de ojos amarillos y rencores pasados, se pasó a los insultos y luego a las culpas, esta vez verbalizadas, que intentaban atribuirles a los miembros del otro bando toda la responsabilidad de la situación en la cual se encontraba todo el curso, sin importar el hecho que la guerra civil hubiera empezado bastante después que varios profesores fueran descuidadamente amontonados.

En cualquier caso, para todo el mundo quedaba claro que la eficacia casi fabril y fordiana del aparato de muerte era cosa del pasado, y no iba a poder sobrevivir a la división interna que

desangraba al curso, a los frágiles fragmentos del equilibrio destrozado y a la falta de cemento humano capaz de aglutinar a las diferentes individualidades que empezaban a hacerse notar entre los rincones más insospechados del aula. Era solo cuestión de tiempo para que alguno de los veintinueve alumnos restantes se percatara de lo insignificante que resultaba, a fines prácticos, la diferencia entre matar profesores o a otros compañeros, con los cuales frecuentemente compartían enemistades de años. Nadie hubiera discutido la racionalidad de matar al profesor Ledesma, pero ¿cuál era la lógica para un Juan Manuel, para un Mariano, de matar a la profesora Ollervides de literatura que se venía con esas minifaldas en verano, y seguir las ordenes de Marcos, o peor, de Gerardo, que siempre los habían maltratado? ¿Cuál podía ser la motivación de una Guada o de un Santiago de matar a pobres diablos como el señor Guzmán para perderse entre los altibajos emocionales de Alejo, o en el terremoto generado por la necesidad de atención de María del Carmen? Para un grupo de adolescentes que eventualmente debería lidiar con la responsabilidad de un aula llena de cadáveres, no puede dejar de sorprender lo parcos que se encontraban todos por quedar en medio de un fuego cruzado.

Este sería un buen momento para interrumpir la historia, para terminar en un todos contra todos que escale hasta que queden irreconocibles todos los presentes en una inmensa bola de carne y fluidos liberados por músculos nunca más tensionados, y en una bella moraleja en donde todo cierre de manera casi pulcra, aséptica, de *status quo* inquebrantables y felicidad sin límites para todos los que puedan costeársela, pero no, no pasó así, y hasta se podría afirmar que nunca hubiera podido pasar de esa manera, desde el momento que, justo cuando la situación estaba a punto de desbordarse, justo cuando la preceptora Ruth comienza a preguntar por Ruiz en la sala de maestros, para llevarlo a primer año, Juan se da cuenta que la profesora Ollervides comienza un frenético letargo por intentar incorporarse, sacándose a Ledesma de encima y destrabándose de las piernas del señor Guzmán, para emerger desorientada y triunfal en un grado en estado de ebullición, en una revolución truncada cuyos miembros parecerían haberse olvidado por qué estaban peleando

### Parte 3

La supervivencia de Ollervides no tuvo que ver ni con su destreza física ni con lo poderoso de sus encantos, recalcado hasta el cansancio por los varones del grado, en especial por los elogios desmedidos de Alejo, casi poéticos en una chabacanería entremezclada con un conocimiento sobre moda que sorprendía hasta al más descuidado. Incluso en este día, en la más inapropiada de las situaciones, Miranda hubiera podido asegurar haber escuchado a Alejo comentarle a Esteban que los pantalones blancos de bambula, incrustados como calzas de los 80's en el culo de Ollervides, tenían el único propósito de provocarlos. Y es debatible, porque es poco probable que Ollervides se haya levantado a las seis y media de la mañana con ojeras inmaquillables, tanteado para apagar la alarma del celular en una puteada balbuceada, y arrastrado hasta su placar en penumbra, sin siquiera tener tiempo para desayunar un pancito con mermelada y un poco de manteca, y pensado en que ese día se iba a ir a la escuela vestida como puta para calentar a los pendejos de tercer año. Y es debatible, también, porque Alejo no puede haber tenido experiencia de primera mano de los 80's, y porque su forma de decir bambula es casi venenosa, como si se llenara los pómulos como dos naranjas con todo lo más efervescente de esa palabra y la hubiera escupido despacito, así con asco, como si estuviera fermentando una chicha que pueda usarse como veneno para ratas.

Pero esto no importa, porque en ese momento Miranda ya no se encontraba en el aula, habiéndose alejado de esta historia, quizás en busca de escritores mejores que puedan darle la importancia que ella realmente se merece, o quizás también, porque no, para buscar un psicólogo que la ayude a superar los sucesos de una tarde en diez o quince años de terapia. Y tampoco importa porque Ollervides continuaba incorporándose, apoyando el peso de su cuerpo en su brazo izquierdo, y este en el cráneo de Martínez, que todavía tiene piel y carne pero ya es cráneo, ante la mirada estupefacta de un Ramiro y una María del Carmen que no pueden comprender qué es lo que se les

puede haber pasado por alto, qué es lo que pueden haber hecho mal, culpándose mutuamente pero para sus adentros para no faltar el respeto, por un error tan difícil de condenar, por haber hecho mal la maniobra con uno, con solo uno de los profesores en su primer día matando. El que haya nacido sabiendo que arroje la primera piedra, que buscar culpas es fácil.

El grado en general compartía la estupefacción de Ramiro y María del Carmen, porque la profesora levantándose dificultosamente de la pila de cadáveres les recordaba a alguna de las tantas películas de zombis que habrían podido ver. Quién sabe si a cada uno le recordara una escena o incluso una película diferente. Los zombis no existen, claramente, pero recordemos que el promedio del coeficiente intelectual del curso había bajado un par de puntos con la partida de Miranda y Zair, y no se nos vaya a olvidar que se trata de un grupo de adolescentes, susceptibles en sus hormonas descontroladas y en las bolas de pus concentrado proliferando a lo largo y a lo ancho de sus cuerpos, confundidos por su participación directa o indirecta en una seguidilla de crímenes de primer orden y en una revolución maoísta acelerada hasta lo absurdo en lo que parece haber sido un pedo pasajero, descargado en un colectivo lleno a las siete de la mañana, odiado por varios, amado por alguno, y prontamente olvidado. La confusión es comprensible, y lo importante de la misma, en última instancia, es ver como Ollervides tuvo tiempo para incorporarse, para recuperarse parcialmente del shock, e incluso para comenzar a vislumbrar qué estaba pasando, cuando lo más lógico hubiera sido remendar el error de Ramiro y María del Carmen, que le puede pasar a cualquiera, y seguir con el plan hasta que este decante naturalmente, sin la necesidad de la intervención sobrenatural de una desorientada profesora en pantalones de bambula que puede o no que hayan sido escogidos para levantarse a los pibes de tercer año.

Y Marcos habla, o intenta hablar, pero sus fugaces codeos con el poder y con el liderazgo son más frágiles de lo que pensaba, y poco hubieran podido hacer contra la figura poco plausible de Ollervides sobre su pila de cadáveres, porque ahora son de ella, porque ahora nadie en el curso hubiera podido disociarlos de la figura que se cierne sobre estos, ni hubiera intentado disputar la autoría o la responsabilidad de la montaña de carne comenzándose a pudrir en una esquina del aula, alegando que ellos, que *ellos*, que todos ellos se hubieran puesto de acuerdo como por arte de magia para cumplir distintos roles y ejecutar a todos los profesores que entren al aula. No era probable, y no hubiera sido creíble, y es solamente la magnitud de la falacia, lo implausible del argumento, que rompen el encanto y que devuelven la timidez a todo el grupo de adolescentes que conforman el grado, dejando entrever la superficialidad irresponsable de una cocoritéz que puede desaparecer sin dejar rastro, o mejor dicho dejando un montón de chicos confundidos y desorientados en sus nuevos cuerpos de personas grandes, con esa inmaterialidad que solo puede tener un corcel que a medianoche se convierte en calabaza.

Y la profesora Ollervides los mira, su mirada recorriendo toda el aula sin quedarse en ninguno de los ojos que la esquivan, que parecen intentar hacer foco en la esquina del pizarrón, en el reborde de sus bancos, en el cierre de una cartuchera, y hasta en el más osado de los casos más allá de la ventana, en algún punto entre las hojas eternamente secas y siempre a punto de caerse del árbol en permanente otoño afuera del aula, y los sueños y ansiedades de una miríada de futuros posibles que ya nunca se concretarán, que se quedarán truncados por haber tomado una, dos, quizás cientos de malas decisiones en un punto de inflexión que parece habérselos chupado a todos con la terrible gravedad de una estrella que se apaga, para no mirar a la profesora, a los cadáveres, o incluso a los dos bancos libres en donde todavía están por siempre olvidadas las mochilas de Zair y de Miranda. La mirada de Ollervides no los juzga, no, sino que sus ojos sonríen, y luego ella, sonríe trastabillándose en el tenue y pasajero equilibrio de la tarima de colegas que tarde o temprano será desmontada, pensando en las dos docenas de chicos que intentaron trascender, tomar acción y convertirse en algo más, y que de ahora en más va a tener comiendo de la palma de su mano.

# Construyendo un nuevo sol

Por: Yulia Huamán





Las terratinas eran una de las tantas comunidades de hormiguitas que viven en la Tierra. Ellas se sentían muy importantes pues guardaban un secreto que ningún otro animal conocía. Este misterio había pasado de tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, padres, hijos, nietos a tataranietos, y así había ocurrido desde el inicio de los tiempos.

Un día muy particular, Matrina, matriarca de las terratinas, quien era una amante observadora de la naturaleza, había descubierto que gracias al Sol y su vital luminosidad todas las criaturas en la tierra salían de sus hogares cada mañana: a cantar, conversar, reír, jugar y amar llenas de alegría. Ella notó que en los días nublados y oscuros todos se guarecían en sus casas y salían de ellas sólo por necesidad de alimento.

Esto la entristeció muchísimo y sintió la responsabilidad de dejar claras indicaciones a las viejas y sabias hormigas de la comunidad si ello se repetía.

Llegó el mes de marzo y las terratinas que sólo veían lo que estaba al frente, a la derecha, izquierda y debajo de ellas porque su constitución no les permitía mirar el cielo; empezaron a ver que pedacitos de sol caían en la Tierra. Caían por todas partes y todo el tiempo. Corrieron en busca de Matrina para preguntarle qué tenían que hacer. Matrina que ya estaba a punto de morir les dijo en su último suspiro de vida: “Deben construir un nuevo sol”.

Las hormigas más sabias reunieron a las más jóvenes y les contaron el secreto que sólo ellas conocían, advirtiéndoles que no lo compartan con nadie más pues significaría una terrible noticia para todos los seres vivientes. Así que la hormiguita más vieja levantó la voz para que todas escucharan y dijo: “Cada año caen pedacitos de sol en la Tierra, el Sol ya está viejito y está muriendo. Es nuestro deber reunir todos sus pedazos y construir un nuevo sol. Hagámoslo por la vida en la Tierra y la vida de todos los que viven en ella”. Dicho esto, todas las hormiguitas tomaron en sus bocas un pedacito de sol y los empezaron a juntar, así lo hicieron durante miles de años.

Los animales que las veían decían: “¡Qué hormigas tan laboriosas! Llenas de alegría y dicha; cada otoño empiezan a juntar todas las hojas amarillas, mostazas y doradas que caen de las flores y árboles. ¿Qué las motivará a hacerlo?”

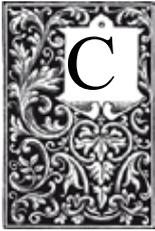
Ahora que tú también sabes el secreto, no te pongas en su camino y déjalas trabajar. Lo hacen con mucho amor por ti y por mí.



# Renacer

Por: Eduardo Romero





Quando llegué, mi hermano ya estaba allí. Pude ver el brillo incandescente de sus ojos desde mucho antes de llegar a él. Me esperaba sentado en una piedra solitaria a orillas del lago de sal, bajo el cielo cubierto de nubes grises. A lo lejos se oía el rumor de las olas que morían en la playa desierta. El viento hería mi rostro con gotas de lluvia tenue. No se inmutó ni desvió la vista del horizonte cuando me acerqué. Me senté a su lado sin decir nada. Entre nosotros las palabras sobran. Somos hermanos, después de todo. Nacimos aquí, en este lago de sal, hace tanto tiempo que ya perdí la cuenta de los años. El motivo que nos ha traído hasta aquí es el mismo. Yo sabía que lo encontraría aquí y él sabía que me encontraría aquí también. No nos hemos visto desde que nacimos, y sin embargo no hay nada que necesitemos saber el uno del otro.

Hemos venido porque estábamos perdidos. Hemos venido porque todo lo que antes eran nuestros dominios se había convertido en una prisión con forma de laberinto. Porque la misma idea de existir nos resultaba insostenible. Porque la simplicidad del motivo de nuestras vidas se había disuelto lentamente, como un cubo de hielo a la intemperie.

¿Qué es de una serpiente cuando ya no puede dislocar sus mandíbulas para tragar a sus presas? ¿Qué es de una hiena que ya no soporta la idea de comer carroña? ¿Qué destino les espera? ¿Qué hacer cuando no existe una razón para poner los pies sobre la tierra cada mañana?

Hemos venido al lugar que nos vio nacer para tal vez aquí hallar una respuesta. Para hallar de nuevo un faro que nos guíe en medio de las tinieblas de la inmortalidad.

Nuestra semilla no surgió espontáneamente en este lago. Aquí nuestras larvas sólo incubaron su forma humana, después de cruzar el océano. Surgieron de nuestro Padre, el Iceberg Negro, que flota en los mares helados del sur. El instinto nos dice que es allí donde debemos ir.

Nos pusimos de pie y echamos a andar hacia el mar. Cruzamos con pasos lentos el lago de sal, con el agua hasta las rodillas. Al fondo descansaban unos enormes gusanos negros, nuestros futuros hermanos menores. Al igual que nosotros, ellos también despertarán un día y su cuerpo viscoso mudará de piel y se transformará en algo parecido a un ser humano. Luego se arrastrarán fuera del lago, abrirán los ojos, verán esa eterna nube gris que cubre estas tierras y se dirigirán a la ciudad y se perderán en ella.

Llegamos a la orilla del mar y nuestra mirada se fijó en el horizonte, como si pudiéramos ver desde allí a nuestro lejano Padre. A un lado, a lo lejos, desembocaba la gran cloaca de la ciudad. Las aves y las ratas se arremolinaban alrededor. Las aguas corrompidas que brotaban de ella manchaban el océano hasta perderse de vista.

Sin decir palabra nos adentramos en el mar al unísono, disfrutando del cuchillazo frío y el sabor salado de sus aguas. Pasamos las olas dando unas brazadas y poco después ya estábamos en mar abierto. Desde allí era cuestión de dejarse llevar por la corriente secreta. Nadie ha oído hablar de ella pero, incluso si la conocieran, ¿quién la usaría? ¿Qué navío querría dirigirse al reino de los hielos eternos?

Flotamos a la deriva sin el menor esfuerzo, casi verticales, con la cabeza y los hombros fuera del agua. Nuestros cuerpos no tienen casi densidad. A veces el mar se encrespa y las olas nos suben y bajan como si fuéramos un par de botellas. A veces todo está tan tranquilo que temo que la corriente haya cesado de fluir.

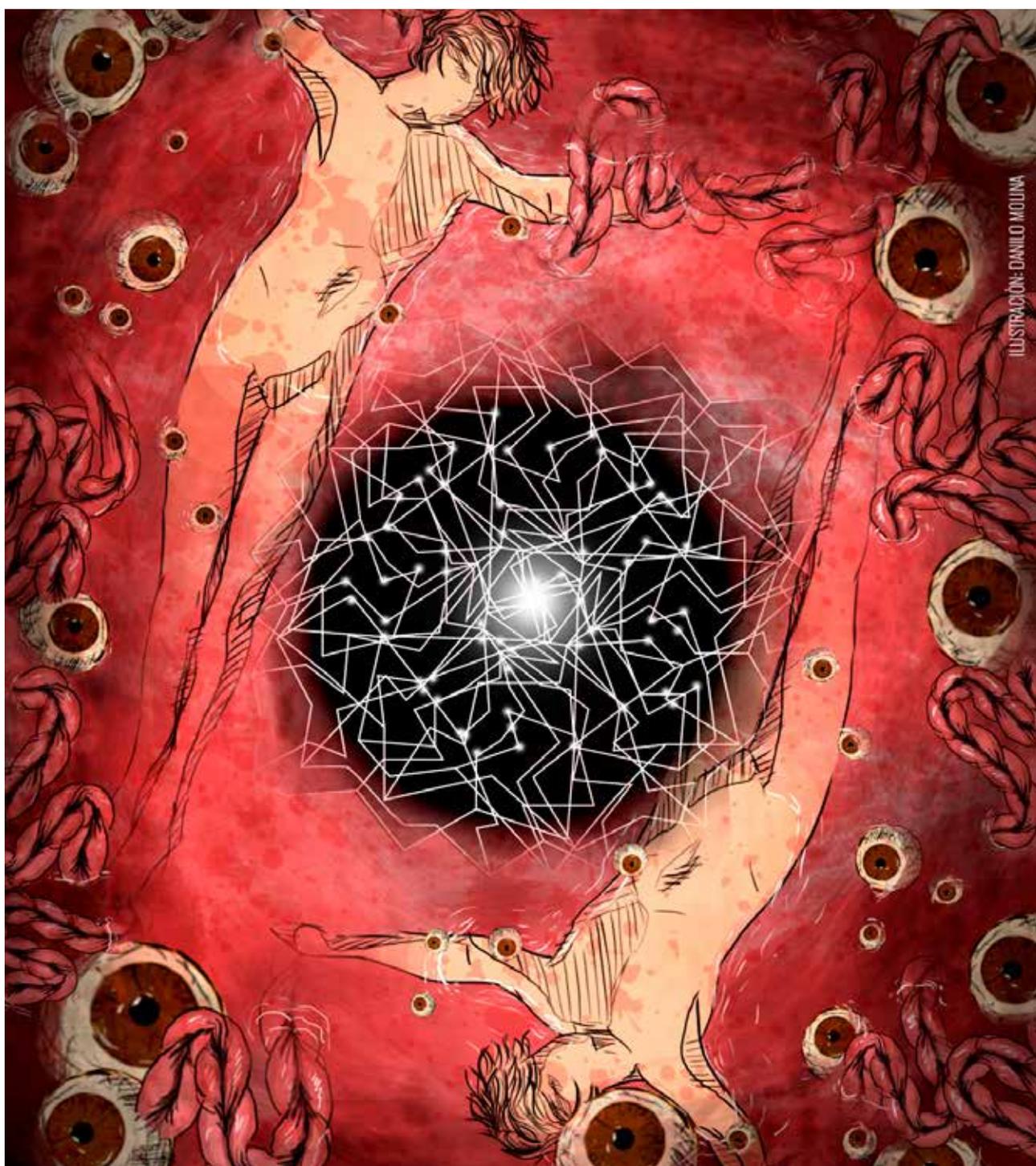
Pero la corriente sigue allí, empujándonos silenciosa al encuentro con nuestro Padre. Nos empuja incluso en las peores tormentas, cuando el mar desata su furia salvaje y las olas parecen titanes furiosos que arremeten entre sí.

En una de esas tormentas vi por primera vez los restos flotando. Probablemente llegaron hasta aquí al salir de la cloaca, donde yo y mi hermano los arrojábamos siempre. Eran una miríada de ojos. Eran tantos que resaltaban como estrellas en la noche. Sus pupilas, extrañamente, aún tienen el brillo de sus dueños cuando estaban vivos. Un globo ocular aislado, sin párpados que lo rodeen, parece estar gritando eternamente de horror. Conozco esa expresión muy bien. Esos ojos

color caramelo que pasan a mi lado, por ejemplo, pertenecían a un niño de cabellos negros, hablar suave y sonrisa nerviosa que torturé y degollé hace mucho tiempo. Cuando terminé con él tenía esa expresión en sus ojos. Nunca olvido a mis presas. A ninguna de ellas. Recuerdo desde la primera hasta la última. Mi hermano también ha reconocido a muchas de sus antiguas presas, lo noto en su rostro y en la luz de sus ojos que titilan en medio de la tormenta.

Es una sensación extraña reconocer cada uno de los miles de ojos que te lanzan su grito mudo de terror. Puedo recordar cada detalle de sus antiguos dueños; sus cuerpos, su voz, sus gestos, y lo que le hice a cada uno de ellos. Hasta hace poco, con tan sólo repasar esos momentos hubiese tenido una erección brutal y unos orgasmos oceánicos. Pero eso cambió. Un día, de pronto, cuando vi la cabeza de una de mis víctimas en el suelo, noté que no había sentido ningún placer. Destajar a esa criatura fue algo mecánico, casi como respirar. Ya no fue como la cópula salvaje en busca de un orgasmo; se había convertido en un trámite biológico para procrear.

No comprendí lo que me sucedía. Me pasé días sentado en mi casucha mirando el cielo blanco a través de la ventana, desconcertado. ¿Qué me había pasado? ¿Cómo es que de pronto la misma esencia de tu ser cae en el camino, y tú sigues andando a pesar de ello?



Busqué más presas. Les di el mismo tratamiento que a las anteriores. Pero ya no era lo mismo. El torturarlas y cortarlas en pedazos no tenía efecto en mí. Sus miradas suplicantes y sus voces lastimeras ya no me inspiraban lujuria, sino rabia. Una rabia fría y desmedida, incontrolable, que desataba sobre ellas como queriéndoles hacer pagar por mi inapetencia. Era como arrojar un plato de comida al piso por no poder sentir los sabores en el paladar.

Ahora que veo flotar los restos de nuestras víctimas en la tormenta, condenadas a ser incorruptibles como nosotros, me doy cuenta de la magnitud de nuestra obra. Su extensión es tal que se pierden en el horizonte. Al pasar el campo de ojos, nos encontramos con las vísceras. Son tantas que parecen sargazos de color de rosa. Se enredan en mis miembros como los tentáculos de un animal que quisiera arrastrarme a las profundidades. Aún me sigue maravillando la longitud de las vísceras que caben en un ser humano. La primera vez que quise desplegarlas totalmente en el piso de mi casucha no me alcanzó el espacio.

Luego vinieron los huesos. De todos los tamaños y texturas. En los cráneos veo sonrisas tétricas de bienvenida. Qué gusto verte de nuevo, parecen decir.

Entonces las olas gigantescas se tiñeron del color rojo oscuro de la sangre. Su calidez nos hirió y acabamos cubiertos por ella. Volví a sentir su sabor dulzón en la boca, y tuve que limpiarme los ojos con la mano para librarme del espeso líquido que me cegaba.

La tormenta amainó y los primeros bloques de hielo comenzaron a aparecer. Se hicieron más numerosos a medida que avanzábamos. El cielo se oscureció aún más. Lentamente se abrió un claro entre unas enormes montañas de hielo y lo vimos. Allí estaba. Nuestro Padre, el Iceberg Negro, justo frente a nosotros. Su pico visible se extendía retorciéndose en las alturas hasta casi tocar el techo de nubes grises. Pero lo que asomaba sobre la superficie era tan sólo su cetro. Su cuerpo se extendía infinito en las profundidades del mar helado.

Entonces sentimos un rugido sordo que surgía de sus entrañas ocultas y cubrió el espacio circundante, estremeciéndonos. Era como un saludo de bienvenida. Parecía decir que nos estaba esperando. El pico empezó a hundirse lentamente y las aguas formaron un gigantesco remolino a su alrededor y nosotros comenzamos a girar y a caer con ellas. Pudimos ver entonces la mole descomunal que quedaba ahora al descubierto. El estruendo de las aguas al caer era ensordecedor. Seguimos cayendo y las tinieblas empezaron a apoderarse de nosotros. Sólo entonces comprendí lo que nos había pasado. Era el fin de una era y el comienzo de otra. Nos fusionaríamos en las profundidades con nuestro Padre. El Iceberg Negro se elevaría omnipotente sobre el mar helado hasta cubrir el último vestigio de luz de este mundo y las tinieblas serían eternas y nuestro reino infinito. Íbamos a renacer.



# La noche sin fin

Por: Miguel Huertas





El pitido del despertador sacó a Leila de las nieblas del sueño, en las que aún veía, y la devolvieron a la oscuridad. De inmediato los sistemas domóticos de la vivienda se pusieron en funcionamiento.

—Buenos días, señora— saludó alegremente Justine, la Inteligencia Artificial que controlaba el edificio.

Leila respondió con un gruñido hosco, aún medio dormida, mientras los apéndices mecánicos comenzaban a incorporar su cuerpo delicadamente.

—Tiene un mensaje...

—Luego— cortó Leila con brusquedad.

La IA enmudeció mientras los servomecanismos tomaban los blancuzcos miembros de la mujer y comenzaban a introducirlos en el sistema de soporte cinético. Los brazos de Leila, finos y frágiles como ramitas secas cubiertas de piel arrugada rematadas en manos retorcidas y nudosas, fueron guiados suavemente hasta que encajaron dentro de los grandes tubos articulados del soporte. Sus piernas, muertas mucho tiempo atrás, eran un ángulo recto arrugado en cuyo vértice sobresalía una rodilla grande y bulbosa. Justine se ocupó de situarlas y sujetarlas en las plataformas bípedas del soporte cinético. Por último, los controladores neurales se hundieron en su sistema nervioso, comenzando en la base del cráneo y recorriendo su columna vertebral.

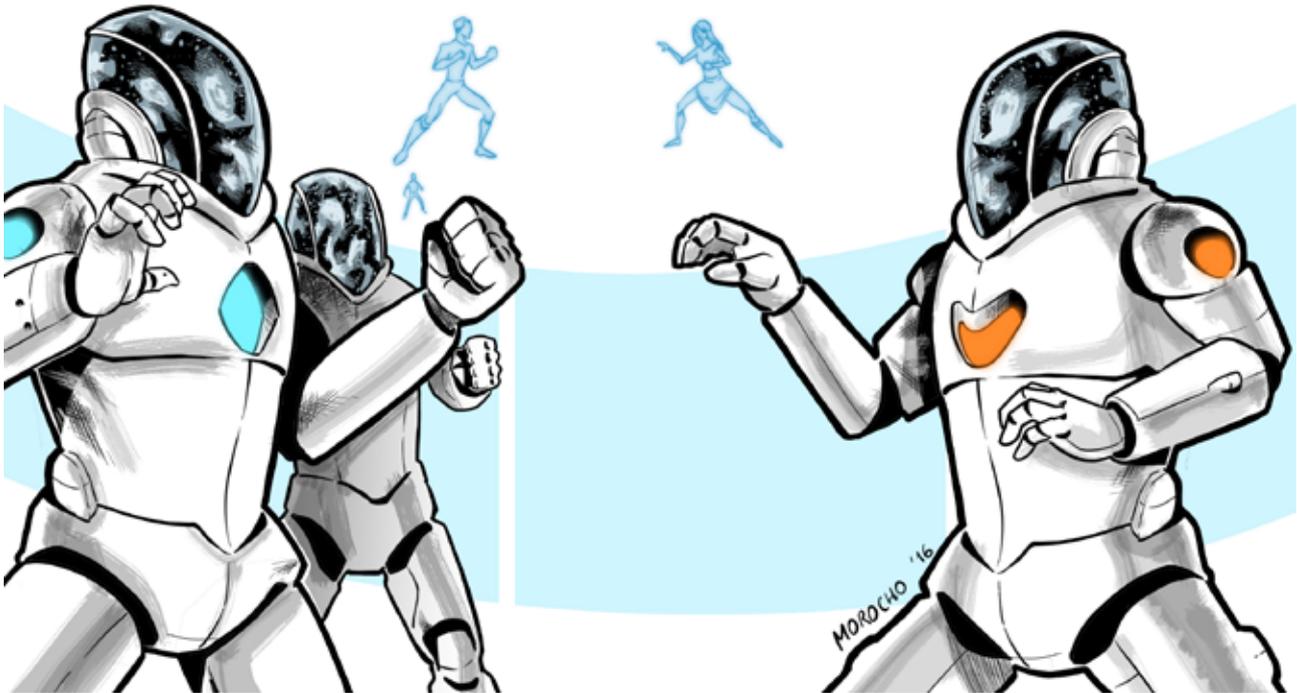
Las células de energía que alimentaban el traje se activaron secuencialmente. El primer zumbido correspondió al motor de las extremidades superiores, y Leila volvió a sentir fuerza en sus brazos y a notar cómo se movían sus dedos a medida que los sistemas del soporte sustituían a los nervios desgastados mucho tiempo atrás. Después se activaron las células de energía posteriores, y las piernas del traje se irguieron hasta alzarla dos veces por encima de la altura que realmente tendría de poder mantenerse en pie por sí sola. La conexión de los sistemas propioceptivos del traje con su sistema nervioso central era tan perfecta que hasta podía fingir que estaba moviendo los dedos de los pies, por más que supiese racionalmente que eran apéndices de carne inútil a los que la vida había abandonado hacía tiempo. Los brazos servomecánicos de su fiel IA extrajeron el sistema de respiración asistida de sus fosas nasales, y la mujer contuvo el aliento.

Por último, la célula de energía del torso se activó, y el armazón metálico se cerró con un chirrido alrededor del marchito cuerpo de Leila. El oxígeno comenzó a fluir dentro del traje, y ella respiró con gusto y cierto alivio. Repetía el mismo proceso cada mañana desde hacía más tiempo del que podía recordar, pero el pequeño lapso de tiempo que había desde que Justine le retiraba la respiración asistida hasta que el soporte comenzaba a suministrar aire respirable seguía produciéndole cierta ansiedad. Las tinieblas de sus ojos ciegos se disiparon cuando los fotorreceptores del soporte comenzaron a bombear información al córtex visual de su cerebro. En menos de tres minutos, la anciana atrapada en un cuerpo marchito se había transformado en un coloso metálico, un cefalotórax de titanio del que emergían cuatro poderosas extremidades.

Leila activó el sistema holográfico, y sólo entonces se giró para mirarse en el enorme espejo que había junto a su cama. En el centro del tórax gris acero, junto al vocalizador, brillaba su avatar, una imagen holográfica que mostraba el rostro que había tenido Leila hacía mucho tiempo: unos ojos oscuros y despiertos que brillaban en un rostro altivo y anguloso. Hacía décadas que no se atrevía a mirar su verdadera cara, una masa de carne blanda cuya piel color bronce había ido palideciendo hasta tomar un tono blanquecino; un cráneo huesudo apenas cubierto por un pellejo arrugado.

Apartó el corpachón mecánico del espejo y se concentró en la sensación de sentir sus brazos y sus piernas moviéndose de nuevo, disipando la angustia de los primeros momentos del día en los que sólo era un cerebro horrorizado atrapado en un cuerpo inmóvil.

—Buenos días, Justine— dijo Leila.



—Buenos días, señora— susurró dulcemente la voz de la IA junto a su oído—. La temperatura en el interior del soporte es de 298 K. El nivel de oxígeno en el aire suministrado es del 22%.

—Mantenlo así, Justine. Gracias.

—Por supuesto, señora- respondió la IA con la actitud solícita marcada por su programación—. Tiene un mensaje del señor Nubai en el que le pide que acuda al Centro de Investigación y Desarrollo lo más rápidamente posible. ¿Quiere que reproduzca el mensaje exacto?

Hizo un gesto de aquiescencia, y de inmediato la IA habló con la voz grave de Nubai:

—Lo hemos conseguido. Ven de inmediato.

Leila aguardó a que el mensaje continuara, pero Justine permaneció en silencio.

—¿Ya está?

—Afirmativo, señora. Duración del mensaje: tres segundos.

Leila se extrañó. Nubai era dado a enviar mensajes de más duración de la que ella desearía, y jamás hubiese creído que le fuera posible no acompañar un audio con imágenes o vídeo. Tanta prisa, o tanto secretismo, le picaba la curiosidad.

Ordenó a Justine que preparase su transporte, y pronto estuvo viajando a cientos de metros por encima del suelo en el vehículo oval. Debajo de ella, el Nexo se extendía bajo ella como una red de trazado perfectamente regular de avenidas y parques urbanos. Los edificios no se alzaban mucho por encima del suelo, pero como icebergs de vidrio y acero se hundían en la tierra, creciendo hacia el subsuelo, donde ardía sin cesar el gigantesco reactor de fusión que alimentaba la ciudad.

Por encima de ella y más allá del horizonte, detrás del falso cielo azul celeste, se erigía la cúpula que separaba el edén del Nexo de la tierra muerta y devastada por la energía nuclear que se extendía sin límites más allá.

El Centro de Investigación y Desarrollo era el edificio más alto del Nexo, y alzaba su torre en espiral hasta casi tocar las nubes artificiales. Tiempo atrás, esa torre había simbolizado el desarrollo de la especie humana y su civilización, la eterna superación en espiral que había llevado al ser humano a tocar las estrellas. Eso había sido antes de la guerra que había herido de muerte la vida fuera del Nexo, antes de que los genetistas los apostaran todo para salvar a las personas de la muerte, antes de que los hombres y mujeres se volvieran cascarones estériles que envejecían poco a poco sin llegar nunca a morir. Antes del Interregno.

El vehículo encajó con un chasquido en la plataforma de estacionamiento, y Leila se dirigió con pasos pesados hasta la entrada.

—Bienvenida, señora Leila— dijo una voz femenina que parecía emerger de las mismas paredes del edificio—. Soy Sherezade, la Inteligencia Artificial del Centro. Si tiene la amabilidad de seguirme.

Un pequeño cuerpo robótico le salió al paso y la precedió por los anchos pasillos del Centro de Investigación. En dos ocasiones se encontraron con robots similares, de estilizados cuerpos humanoides la mitad de altos que ella. No pudo evitar pensar que las pequeñas figuras, todas ellas controladas por Sherezade mediante señales inalámbricas, se parecían más a una persona que ella misma, embutida en el enorme corpachón del soporte cinético.

Nubai la esperaba en una amplia sala circular en cuyo centro estaba el procesador principal, una enorme terminal de ordenador recubierta de holograma que mostraban cascadas de datos diferentes.

El soporte cinético en el que iba el científico levantó un enorme brazo tubular a modo de saludo y los apéndices servomecánicos que hacían las veces de dedos se agitaron alegremente. El avatar de Nubai brillaba en el centro del cefalotórax de titanio, mostrando a un joven de tez oscura y amable que lucía una sedosa melena negra. Leila no pudo evitar imaginar el verdadero rostro del hombre, probablemente una arrugada y calva cabeza de ojos ciegos, muy similar a la suya.

—¿Cómo van las cosas? — preguntó Leila a modo de saludo.

—Ya sabes, Sherezade hace casi todo el trabajo y del resto ocupan Ada y Bea, así que lo único que me queda es dedicarme a la vida contemplativa— bromeó Nubai.

Leila sonrió, y su avatar mostró una sonrisa encantadora con dientes perfectos y blancos como perlas.

—Como si eso fuera posible. Bueno, ¿por qué estoy aquí?

—Cuántas prisas. Cualquiera diría que no tienes la eternidad por delante.

Leila encogió los anchos hombros de titanio.

—Soy curiosa.

El avatar de Nubai sonrió.

—Lo sé— dijo él—. También eres la mujer más importante del mundo.

Leila trató de negarlo:

—Sin duda, Harún...

—Harún es un pobre desgraciado a tu lado, y lo sabes. Es tu voz la que se escucha más alto en el Consejo. La mayoría del Nexo te escucharían a ti antes que a cualquier otra persona.

—Puede que así sea— dijo Leila, sabiendo que era verdad.

—Dime, ¿cuál es la población actual de seres humanos?

—Ciento seis mil— respondió al momento.

—¿Y cuántas personas había hace veinte años?

—Ciento once mil— dijo una vez Justine le hubo susurrado la respuesta.

—¿Cómo murieron?

Leila permaneció en silencio. Su IA iba susurrándole en el oído:

—Hadi, suicidio. Idris, accidente. Geralt, accidente. Fátima, suicidio. Lenora, suicidio. Elia, suicidio.

—Silencio— ordenó a Justine. Después dijo a través del vocalizador: —¿A dónde quieres llegar, Nubai?

El avatar holográfico del científico mostraba un gesto serio, trascendental.

—¿Has pensado alguna vez cómo es posible que seamos así?

—En el tercer año de... — empezó ella.

—No, no. Eso es lo que pasó. Yo hablo de *cómo pasó*. ¿Cómo pudieron los genetistas de antaño domar la apoptosis y al mismo tiempo evitar la mitosis descontrolada?

Leila hizo un gesto de irritación que agitó el brazo servomecánico.

—Ese conocimiento se perdió al comenzar el Interregno— le recordó.

—Puede buscarse nuevamente. Comprender qué cambios se hicieron en el genoma humano, y cómo era antes del cambio.

—Pero... ¿Para qué? — musitó Leila, sin comprender.

—Tenemos una esperanza de vida ilimitada. Sin embargo, hay accidentes, o personas que deciden poner fin a su vida. La longevidad ilimitada vino de la mano de la esterilidad. La especie humana está condenada a la extinción.

El avatar de Leila entrecerró los ojos, estudiando el rostro holográfico del joven Nubai.

—Pretendes revertirlo— dijo en un susurro.

—Míranos, Leila. Cascarones estériles de lo que una vez fueron personas, atrapados en una noche sin fin. Nunca morimos, pero tampoco dejamos de envejecer. No seríamos nada sin nuestras IA. No se puede decir que estemos realmente vivos.

—Yo me siento viva— replicó Leila, aspirando una buena bocanada del aire proporcionado por el generador de oxígeno del soporte cinético.

Nubai extendió los brazos metálicos.

—Llamamos a este cuerpo soporte cinético. Es un eufemismo con el que evitamos enfrentarnos a la verdad. Es un cuerpo nuevo, porque el nuestro es tan viejo que no funciona. Sólo nuestro sistema nervioso sigue activo, gritando de horror cada mañana al palpar la verdad, hasta que nos embutimos en estos trajes y fingimos que somos los dueños de nuestras vidas —tronó él—. ¿No lo cambiarías, Leila? ¿No renunciarías a la mortalidad a cambio de la fertilidad, a cambio de comenzar de nuevo el progreso de la humanidad, ahora detenido? ¿A cambio del conocimiento?

—¿Cuántos años hemos vivido, Nubai? Los seres humanos atesoran en su mente más conocimiento que en ninguna otra etapa histórica.

—Puede que tengas razón, pero sólo si tomas a las personas de una en una. Pero considéralo de otra manera: piensa en los seres humanos en conjunto. ¿Cuánto ha avanzado la ciencia en los últimos cien años? Nada. No sólo no avanzamos, sino que poco a poco vamos perdiendo los logros que las generaciones pasadas consiguieron. Usamos el reactor de fusión del Nexo, pero sabes que seríamos incapaces de construir otro. La tecnología y el desarrollo científico que teníamos antes del Interregno es sólo un sueño perdido ahora.

—Mucho se perdió entonces...

—Lo perdimos, Leila. Tú, y yo, y los otros. Viviendo sin límite alguno y con las Inteligencias Artificiales haciendo de nuestras niñeras nos hemos limitado a *existir*. No hay nuevas generaciones que ocupen nuestro lugar, no hay progreso. Estamos estancados, inmóviles. Sólo duramos, vemos las décadas pasar, y nos iremos apagando uno a uno, hasta que la humanidad ya no exista.

—Pero si conseguimos comprender el cambio en el genoma y revertirlo...

—Moriríamos, Nubai.

—Sí, Leila. Pero conquistaríamos la fertilidad. La humanidad sobreviviría, y progresaría sin fin, cada vez más alto, como una espiral. Como la doble espiral del ADN.

El avatar de Leila sacudió la cabeza, pero los hombros del soporte cinético se cuadraron formando un bastión de titanio.

—Pero, al fin y al cabo, Nubai... ¿Qué importancia tiene? No podemos volver al nivel de desarrollo científico de los viejos tiempos. No podremos descifrar los entresijos de nuestro genoma.

—No lo entiendes, Leila. Ya lo hemos hecho. Encajé esta mañana la última pieza del *puzzle*. Podría desarrollar un método que revirtiese el proceso.

—¿Cómo...? — comenzó a decir Leila, pero de pronto descubrió que no le salía la voz.

Si su cuerpo no fuese un coloso de titanio, se hubiese tambaleado.

—Piénsalo bien, Leila. Millones, miles de millones de seres humanos sanando y repoblando este mundo herido. Saliendo de esta atrofia, de esta larga noche, expandiéndose a través de las estrellas una vez más.

La voz de Nubai estaba cargada de vida.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó Justine—. He detectado un aumento del ritmo cardíaco de...

Leila ordenó silencio y trató de controlar la sensación de mareo.

—Nubai, eso es... Extraordinario. Pero tendrás obstáculos. Habrá quienes no quieran enfrentarse a la muerte, ni siquiera por algo tan elevado.

El avatar del científico sonrió.

—Por eso estás aquí, querida amiga. Sé que habrá quienes se opongan, incluso quienes piensen que todo sacrificio será menor comparado con seguir viviendo. Pero serán una minoría. El Consejo te escuchará. Moriremos, para que millones puedan vivir.

—¿Ya has difundido el descubrimiento? —preguntó.

—No me he atrevido. De momento sólo está aquí, en el procesador central— explicó Nubai señalando con un brazo mecánico la masa de terminales y pantallas que se alzaba en el centro de la sala—. Quería esperar a que me aconsejaras sobre el mejor curso de acción. ¿Deberíamos esperar a la siguiente sesión del Consejo? ¿O sacarlo todo a la luz y forzar una sesión extraordinaria?

—Has sido muy precavido. Te felicito— dijo Leila, y golpeó a Nubai con toda la fuerza del soporte cinético.

El enorme brazo servomecánico se disparó, estrellándose contra el centro del cefalotórax de Nubai y reduciendo el mecanismo holográfico a un amasijo de metal destrozado y chispas. El rostro amable del científico desapareció para ser sustituido por un caos de píxeles desordenados, y el enorme cuerpo cayó al suelo con un impacto que retumbó por todo el Centro. Leila se giró hacia el procesador y alzó ambos brazos para descargarlos al unísono sobre los terminales.

—¡NO! — aulló Nubai, aferrando la pierna metálica del soporte cinético de ella.

La pierna de Leila, gruesa como una viga, se disparó como un pistón y aplastó el brazo de Nubai a la altura del codo, separando la tenaza que atrapaba su tobillo del resto del cuerpo mecánico. Nubai comenzó a ponerse en pie.

—Justine, rompe el núcleo de la célula de energía del brazo izquierdo— ordenó ella con sombría determinación.

—Por supuesto, señora— respondió afablemente la IA.

Leila extendió un brazo hacia Nubai, casi como para ayudarlo a levantarse, y la mano saltó por los aires cuando el estallido de plasma brotó hacia adelante. Las piernas del soporte cinético del científico desaparecieron bajo la explosión de luz y quedaron convertidas en una masa inútil de metal fundido.

Nubai suplicaba desde el suelo, convertido en una enorme cucaracha metálica a la que una niña traviesa hubiese puesto boca arriba y arrancado las patas. Leila hizo caso omiso de sus lamentos.

Golpeó el terminal con toda la fuerza de su brazo restante, barriendo los componentes electrónicos y reduciéndolos a chatarra.

—¡LEILA, POR FAVOR!

—No voy a morir, Nubai. No quiero morir— gruñó, castigando el procesador con la fuerza de un martillo neumático.

Ada y Bea, las compañeras de Nubai en el Centro, irrumpieron en la sala aplastando el suelo con los pasos de coloso de sus soportes. No necesitaron más que un vistazo para lanzarse hacia ella.

Una alarma comenzó a aullar, sacudiendo los cimientos del Centro de Investigación. Nubai debía de haber activado los protocolos de seguridad de la IA. No tenía mucho tiempo.

Giró para enfrentarse a las científicas. Arrancó un componente electrónico del tamaño de una cama grande y se lo arrojó a la más cercana, que se limitó a apartar la pieza de metal chisporroteante con su enorme brazo de titanio. La segunda se acercaba por su flanco izquierdo. Su avatar mostraba a una mujer joven con la cara tensa en una mueca de determinación.

Leila rompió una segunda célula de energía, y la descarga de plasma impactó en el centro del cefalotórax, atravesando el titanio y abrasando al ser humano que había debajo. La mujer aulló

durante un segundo, con el lamento agónico amplificado por el vocalizador, y después quedó en silencio. El soporte cinético cayó hacia atrás con estruendo, como una marioneta sin hilos. Una nube de humo se alzaba de su centro.

—¡Estás loca! — gritó la otra mujer con la voz convertida en desesperación rasgada.

—Sobrevivir no es demencia, Ada. Es la condición humana— dijo fríamente Leila.

Nunca se había sentido más cuerda. Nunca se había sentido más viva.

—La has matado— sollozó la otra.

—Una muerte necesaria. No me obligues a hacerlo de nuevo. Márchate.

—No.

Rompió otra célula de energía. El chorro de plasma salió disparado sin control, fallando por un palmo y abriendo un humeante agujero en la pared de la estancia. El brazo derecho cayó inmóvil, sin energía que lo alimentase.

La científica se lanzó hacia Leila, y ambos soportes cinéticos chocaron y cayeron en una masa de brazos mecánicos y chirridos de protesta de sus servomotores.

Leila gritó de rabia, se zafó del abrazo de oso y pateó a Ada en el hombro, apartándola de sí y girándose hacia el procesador medio destruido. ¿Cuántas células de energía había roto? No era capaz de recordar el número. ¿Dos? Sí, dos. Estaba segura.

—Justine, dos más— ordenó.

Ada se había puesto en pie y avanzaba rápidamente, alzándose sobre ella como una torre de titanio.

—Señora...

—¡Ahora!— le rugió a la IA.

Los estallidos de energía golpearon el procesador, fundiendo el metal y abrasando los delicados componentes electrónicos, borrando la investigación como si jamás hubiese existido.

—¡NO! — gritó Nubai, y después comenzó a gimotear: —No, no, no, no, no.

Las extremidades inferiores del soporte de Leila habían dejado de funcionar, más parecidas a sus piernas reales que nunca. La oscuridad la envolvía. Los fotorreceptores también habían muerto.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? — rugía Ada.

—Me lo agradecerás con el tiempo— respondió Leila, inmóvil en el suelo—. Nadie... Nadie quiere...morir. Nadie...

No obtuvo respuesta. Jadeó, buscando aire. Respiró una bocanada, y luego otra. Sus pulmones comenzaron a arder.

—Justine... — dijo con hilo de voz.

Sólo había silencio. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sentía los ojos a punto de reventar.

—Justine... — vocalizó con desesperación.

—¿Señora?

La voz llegaba desde muy lejos, entrecortada. Leila aspiró una gran bocanada de aire que no alivió la asfixia.

—Señora, los niveles de oxígeno... por ciento...

No, no. Había contado bien las células de energía que había partido. Le quedaba una. Tenía que quedar una.

—El soporte cinético... energía suficiente, señora. No po...

La voz se apagó, esta vez para siempre. Leila comenzó a toser desesperadamente. Trató de moverse, pero su cuerpo no le respondía.

*No puedo morirme. Tengo que vivir. Tengo que vivir.*

Trató de respirar una vez más en su sarcófago de titanio, produciendo estertor atroz.

**QUIERO VIVIR.**

La oscuridad se abrió ante ella como una gran boca.

# muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible  
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



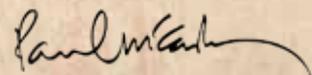
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú